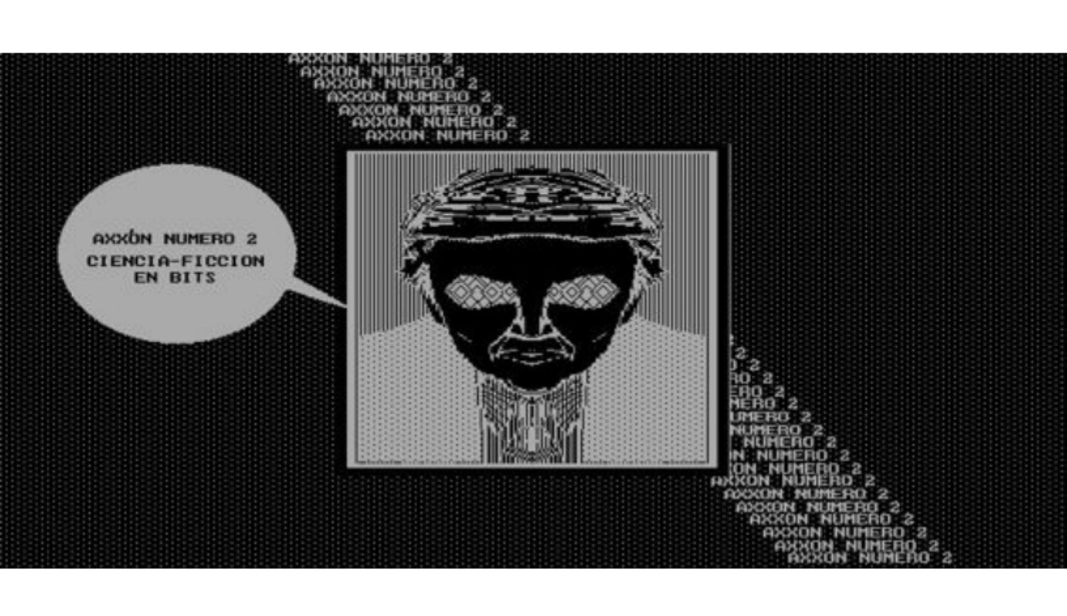

AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2
AXXÓN NUMERO 2
CIENCIA-FICCION
EN BITS
AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2
AXXON NUMERO 2

Axxón 2, diciembre de 1989

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 2



Axxón es un nuevo medio de comunicación; un nuevo y potente medio de comunicación si tenemos en cuenta que propone y facilita una comunicación bidireccional (en realidad, el adjetivo debería resultarnos redundante e innecesario, ya que a nuestro entender no puede llamarse "comunicación" —y respetar el sentido de la palabra— a un monólogo a oídos cerrados). Como tal, y respetando el sentido completo de la palabra, es que esperamos, deseamos, solicitamos la participación de todos los que tomen contacto con la revista. Esperamos cartas, llamados telefónicos y, por qué no, conocerlos personalmente (ver la página 97). Conocemos —porque lo hemos vivido— la sensación de soledad que vive el fana de la cf y su necesidad de compartir su afición. El Círculo Argentino de Ciencia-ficción y Fantasía llena gran parte de esta necesidad, pero en algunos casos, por razones diversas (falta de tiempo, imposibilidad de acercarse, distancia, o porque no le gusta participar de una reunión de café necesariamente anárquica) la comunicación se rompe. Nosotros deseamos tomar contacto con ustedes, perdidos y perdidas, lejanos/as, tímidos/as, conocerlos y —si así lo desean— hacerlos conocer. Por eso aquí va nuestro llamado:

Buscamos cuentos, ilustraciones (tenemos el equipo necesario para digitalizarlas), notas, noticias, artículos, contactos, ideas y amigos. Buscamos imaginación, creatividad, maravilla, entusiasmo y ganas. Buscamos inventiva: la revista permite nuevos medios de expresión, como ilustraciones móviles, interactivas y caleidoscopios azarosos; los textos podrían responder preguntas o admitir cambios en ciertos elementos (no el método de "elige tu propia aventura", sino algo más sofisticado y flexible). Se puede intentar un programa generador de frases y, por qué no, cuentos; un programa lo

suficientemente inteligente como para ir armando frases, diálogos, preguntas, descripciones, versos… ¿Habrá límites para todo lo nuevo que se puede hacer con una revista electrónica? Si los hay, los invitamos a ayudarnos a encontrarlos. Y cuando los encontremos, a ayudarnos a empujarlos más allá, siempre más allá, mucho más allá…

Nombre propuesto para el planeta: ?

César López Orbea

Luego de siglos de crisis, guerra y cambios de signo político de todo tipo, la Tierra sufre de una superpoblación que vuelve inestable la paz recientemente alcanzada por la raza humana. La largamente pospuesta exploración de otros sistemas estelares es encarada por fin como una necesidad ineludible. El vehículo será el Adelantado, un inmenso navío interestelar en forma de esfera de cinco kilómetros de diámetro, dotado de dos tipos de impulsores, el IIG (impulso de inercia gravitacional), útil para moverse dentro de los sistemas solares, y el Hipermotor, capaz de curvar el espacio en los alrededores de la nave hasta igualar el campo gravitatorio de un agujero negro y luego soltarlo bruscamente, logrando así "rasgar" el tejido del espacio para producir una singularidad matemática y física que permite a la nave entrar al hiperespacio. Con este poderoso navío, y una tripulación de cincuenta mil hombres, la raza humana se lanza a las estrellas, a la búsqueda de nuevos planetas para colonizar…

Apuntamos a una estrella de décima magnitud de la constelación de Sagitario, ya que teníamos ciertas débiles evidencias de que podía poseer un sistema planetario.

> Velocidad: 0,967537 de la velocidad de la luz.
> Intensidad de Campo Gravitatorio: 15,763458 masas solares.

¡Salto!

Emergimos a 11 días-luz de un sistema —nuestros instrumentos lo indicaban con claridad— compuesto de trece planetas.

Con los detectores de masa al punto de máxima sensibilidad, a fin de no chocar contra algún pequeño cuerpo celeste en un sistema todavía no relevado —por lo que la computadora de vuelo carecía del bloqueo contra posibles rumbos de colisión—,

penetramos con prudencia en un sistema planetario que nos era completamente desconocido. A medida que avanzábamos íbamos hallando los análogos de Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter —tres de los planetas tenían anillos— y… la Tierra.

El análogo de la Tierra flotaba ahora a unos 500 kilómetros por debajo de nosotros. Este planeta orbitaba ligeramente más lejos de su sol que el nuestro y su masa era algo así como un décimo mayor, lo que incrementaba en consecuencia su aceleración gravitatoria. La mayor lejanía resultaba compensada por una actividad solar mayor, lo que hacía ambas temperaturas medias virtualmente iguales: 19º C contra 21º de la Tierra. La atmósfera era prácticamente idéntica y el período de rotación de 20 horas.

¡Y había vida! Con la consiguiente emoción —era la primera vez que ojos humanos contemplaban vida ajena a la Tierra— observamos las pantallas conectadas al telescopio principal de la nave.

En ellas aparecían unos gigantescos escarabajoides —de un largo promedio de dos metros— dedicados empeñosamente a… arar y sembrar. La actividad era inequívoca: se ordenaban en columnas de cinco o seis y, mientras el primero clavaba sus largas mandíbulas en la tierra, pujando hacia adelante, los demás se acoplaban al empuje —cabeza con cola, como en un *scrum*— y entre todos conseguían que el primero hiciese de “arado”, dejando tras de sí dos surcos perfectamente rectilíneos. Cada tanto el “arador” era reemplazado en su penosa tarea por alguno de los “empujadores”, sin que el trabajo se interrumpiera.

Detrás del equipo de arada venían los “sembradores”, escarabajoides que llenaban su boca con semillas y, caminando por los surcos, las iban dejando caer a intervalos regulares. Cuando se les acababan, se separaban de la columna para ir a buscar más a lugares donde las habían apilado previamente, encolumnándose luego al final del equipo de sembrado. Y detrás de todo venían los últimos “aradores”, equipos idénticos a los primeros, pero no destinados a abrir surco, sino a cubrir con tierra las semillas sembradas.

Nuestra órbita circumpolar nos llevó con rapidez sobre otras zonas de ese mundo, en las que se estaba ya en la etapa de desmalezado o cosecha. Llamaba la atención la flexibilidad y habilidad con que los entes manejaban las grandes mandíbulas de que estaban dotados: la cosecha la realizaban largas filas de escarabajoides que cortaban con sus mandíbulas —“segadores”—, mientras que los que venían detrás juntaban —con sus mandíbulas — grandes brazadas y las llevaban a los “trilladores”, escarabajoides

que se disponían en círculo sobre una zona de base dura y golpeaban luego la cosecha —con sus mandíbulas-para separar grano de troja. La troja era apilada luego en grandes parvas y la semilla guardada en cuevas excavadas en la tierra. Antes de guardarla la regaban con un líquido orgánico que excretaban y cuyo propósito no entendimos. (Sólo después, cuando capturamos un ejemplar, descubrimos que se trataba de un potente inhibidor de crecimiento.)

Pasamos sobre la zona nocturna. Aparentemente no tenían nidos, cuevas ni refugios de ningún tipo. Al crepúsculo se detenían tan bruscamente como si los hubieran desconectado, y al alba reanudaban la tarea.

En otras zonas, en las que al parecer la tarea de cultivo ya había terminado, los vimos estacionados en largas filas, como maquinaria agrícola dejada a la intemperie.

Situamos cámaras de TV —pequeñas esferas equipadas con IIG— por todo el planeta, con el fin de hacer un estudio global.

Ojukwu, Jefe Xenobiólogo, y McAllister, Jefe Xenopsicólogo, estaban flotando sobre una nube: hasta entonces sus respectivas ciencias habían sido puramente teóricas, y se habían limitado a almacenar en las computadoras todas las posibilidades de conducta que podría ofrecer la vida alienígena (muchas de esas posibles conductas eran extraídas de las novelas de ciencia-ficción). Se caminaban ahora los primeros pasos prácticos en ambos campos, lo que conllevaría fama eterna —si las cosas salían bien— o el consecuente oprobio —si salían mal.

Un accidente nos hizo pensar que los escarabajoides eran sordos: uno de los platillos de exploración sufrió una falla y se estrelló contra la nave. Bernardez, el técnico electrónico que pilotaba la máquina, resultó con una seria herida en su brazo —varias venas seccionadas—, lo que le hizo perder gran cantidad de sangre. A Mach 15, en esa atmósfera casi idéntica a la de la Tierra, se deben de haber generado ondas de choque de potencia pavorosa… Pero el trabajo de los escarabajoides no se interrumpió, ni siquiera cambió de ritmo.

Por fin, unos quince días después de iniciado el estudio, xenobiólogos y xenopsicólogos estuvieron en condiciones de entregarnos sus conclusiones preliminares.

—Aparentemente —explicó McAllister, sinónimo de integridad intelectual; sólo el ver cómo había empezado lo probaba — nos encontramos frente a una raza que ha sido capaz de crear una agricultura intensiva, superando la dificultad fundamental de

carecer de manos. Con Ojukwu y von Ciliax (jefe del grupo de Agronomía y Veterinaria) hemos llegado a la conclusión de que la población de escarabajos en el planeta es varios cientos de veces superior a la posible si no hubiesen desarrollado la… iba a decir “tecnología”, pero la palabra estaría mal empleada, pues no hemos detectado en poder de los escarabajoides una sola herramienta. Digamos, mejor, la “civilización” agrícola. Ciframos la población total en unos dos mil quinientos millones de individuos, lo que es imponente para seres que comen tanto como un ser humano y carecen de la más mínima herramienta. Como pueden ver —las imágenes iban apareciendo en una pantalla—, con la sola fuerza de sus mandíbulas han logrado excavar pequeños ríos y construir canales de irrigación y desagüe. Al parecer, carecen tanto de técnica como de arte. No hemos logrado descubrir cómo se comunican, ni siquiera si lo hacen (aunque la coordinación con que trabajan debiera indicar que sí)…

Y así siguió, informándonos de todo lo que se había descubierto, y mucho de lo se que había supuesto, sobre aquella extraña raza.

Se dispuso que al día siguiente se intentara un Primer Contacto. La expedición bajaría en dos platillos, el segundo protegiendo al primero, y el equipo de contacto estaría compuesto por cinco xenopsicólogos equipados con armadura de combate completa. (¡Cinco millones de años de lucha continua, amarga, crudelísima nos condicionaban!)

Pocas veces en la historia se habrá tenido noticia de un fiasco mayor. Ojukwu “ancló” el primer platillo en el aire, mientras McAllister y sus cuatro compañeros saltaban a tierra y procuraban contactar con alguno de los varios cientos de escarabajos que se movían por allí.

Pues —bueno es decirlo— la llegada del Equipo de Contacto fue recibida con una indiferencia rayana en lo hostil: la multitud no se arremolinó, nadie los miró… cada uno prosiguió con su trabajo, a ese ritmo isócrono que nos era tan familiar.

McAllister y su equipo esperaron un largo rato, desconcertados. Conferenciaron a continuación durante un par de minutos —se los veía por el televisor— y se dirigieron luego firmemente hacia la alta pila de semillas en la que los “sembradores” se reabastecían. Cuando ya casi habían llegado, un escarabajo caminó hacia ellos con su boca llena de semillas. McAllister se le puso adelante… El escarabajo eludió el grupo con

indiferencia y se dirigió hacia la columna de sembradores que le correspondía.

Llegaron por fin a la alta parva de semillas, por cuyas cercanías transitaban afanosos escarabajos que llenaban sus bocas vacías y volvían a la carrera a sus lugares… sin dirigirles una sola mirada. Pasaban a ambos los lados del desconcertado grupo, que esperó un par de minutos para ver si algún ejemplar más curioso se detenía. Como tal cosa no sucedió, hubo otra rápida conferencia y los cinco xenopsicólogos se dispusieron alrededor de la parva, para impedir el paso de los alienígenas.

Lo que pasó con McAllister fue arquetípico: cuando un escarabajo arribó para llenar su boca, se le puso delante; el escarabajo intentó eludirlo por un costado y McAllister se corrió; el ente quiso entonces eludirlo por el otro costado y McAllister volvió a correrse; y en esa danza —a medias estúpida, a medias ridícula— pasaron otro par de minutos. Mientras tanto, más y más escarabajos iban arribando con sus bocas vacías, y cuando veían la multitud se detenían a esperar.

A la gracia que nos causaba el ver a McAllister y sus compañeros bailando aquella ridícula “gavotte” se superponía la aprensión: si bien sabíamos que aquellas gigantescas mandíbulas no podían destruir una armadura de combate, temíamos por los efectos que pudiera producir en nuestros compañeros una estampida de varios cientos de escarabajos enfurecidos.

Al fin, el grupo lo dejó por imposible y se retiró, dejando la pila libre. Lo que se había armado ahora era una “galleta” descomunal de tránsito, con decenas de escarabajos ya reabastecidos de semillas pugnando por salir… De pronto, como obedeciendo una orden inaudible, en diez o quince segundos la masa de escarabajos se ordenó dejando salidas radiales, que aprovecharon tanto los entes como McAllister y su equipo.

Formaron un corro. Nosotros, a bordo, estábamos tan desconcertados como ellos, y se habían empezado a intercambiar las sugerencias más absurdas. Pero McAllister era un hombre obstinado, de modo que después de una breve conversación se dirigieron hacia donde los escarabajos araban y se pararon —McAllister el primero— delante de la larga columna de escarabajos que venía pujando con esfuerzo.

El “arador” sencillamente lo embistió. Dos poderosas mandíbulas lo empujaron a un lado, haciéndolo caer, y una pata lo pisó, patinando sobre la armadura en el afán de afirmarse para avanzar. Luego las patas de los escarabajos posteriores lo fueron

pisoteando, hasta que todo el “equipo” hubo pasado sobre él. Los demás xenopsicólogos habían descubierto que podían saltar de escarabajo en escarabajo, como quien salta sobre coches en un estacionamiento, y así lo habían hecho, hasta bajar por detrás del último.

Corrieron luego en auxilio de McAllister, quien no había sufrido herida alguna, salvo en su amor propio.

Hubo otra breve conferencia. Tanto ellos como nosotros comprendimos que *no habría* Primer Contacto, que *ningún* alienígena se detendría para intentar comunicarse con nosotros. Caminaron con renuencia hacia el platillo, todavía anclado en el aire, mirando hacia atrás de vez en cuando… McAllister se volvió para dar una última mirada a la multitud de escarabajos que proseguía su afanoso trajinar, tan estólidamente indiferentes… luego subió al platillo.

¡Era indignante!

¡Podíamos admitir que no nos quisieran, podíamos admitir que nos odiaran, admitiríamos incluso que nos combatieran!

¡Pero haber arribado desde 300 años-luz para que nos ignoraran del todo!

—Hay algo de incongruente en que una raza que ha alcanzado un nivel tan avanzado en agricultura carezca absolutamente de curiosidad —comentó McAllister, reflexivo, al arribar a la nave—. ¿Cómo lograron averiguar, por ejemplo, la época óptima para la siembra, cómo la de la cosecha, si jamás se hicieron preguntas acerca de su sol, las estrellas o por qué, periódicamente, hay épocas de calor y días largos y otras de frío y días cortos? —preguntó, más para sí mismo que para nosotros.

Discutimos durante las horas siguientes qué hacer, y decidimos capturar uno de los alienígenas.

—Tal vez al ser separado de su entorno muestre más curiosidad —comentó uno de los xenopsicólogos.

De modo que procedimos a preparar una jaula con paredes de cristal —del mismo tipo de cristal ultrarresistente de nuestras armaduras de combate— y la saturamos con sensores químicos, térmicos, electromagnéticos… hasta un tomógrafo computado instalamos. Cuando todo estuvo listo, uno de los platillos realizó una breve incursión por la zona nocturna, donde se hallaban estacionados millones de escarabajos absolutamente inmóviles, alzó uno de ellos y parte de una parva con un rayo de gravedad, y voló

de vuelta a la nave. Lo esperamos con media docena de hombres vestidos con armaduras de combate —que eran al mismo tiempo trajes de vacío— apostados en la esclusa abierta. Por la amplia abertura se veía el platillo acercándose con rapidez, recortado contra el fondo del planeta.

La máquina entró y se cernió por un momento sobre la jaula, mientras la puerta se cerraba y se recuperaba la presión. Instantes más tarde se abría el vientre del platillo y dejaba caer el escarabajo y su alimento, sostenidos por el rayo de gravedad. Unos segundos después la jaula era cerrada con el ente adentro, mientras la empujábamos hacia los laboratorios de xenobiología.

Ahí estaba, tan inmóvil como una piedra… y tan inerte como una de ellas; ni siquiera comía. Había pasado una semana desde que "raptáramos" al escarabajo y, salvo en lo superficial, no habíamos avanzado un paso. Habíamos determinado la estructura anatómica, que no difería mayormente de la de los insectos terrestres, salvo en la cantidad anormalmente alta de tejido nervioso; habíamos medido temperaturas, metabolismos, biorritmos… pero en cuanto a motivaciones, impulsos, sentimientos, seguíamos tan a oscuras como antes. Habíamos determinado sus ritmos encefálicos, que estaban compuestos por dos ondas: una de pulsar lento —cinco ciclos por segundo— y otra rápida, de quince ciclos. Pero ninguno de los estímulos que imaginamos lo había obligado a dejar su inmovilidad. Lo más cerca que estuvimos de afectarlo fue cuando iluminamos la jaula con fuertes luces estroboscópicas; sus ritmos cerebrales se modificaron ligeramente… y eso fue todo.

¿Cómo demonios podíamos aprender, o enseñar, a una entidad que se limitaba a permanecer inerte e inmóvil?

—Sigue pareciéndome que hay mucho de incongruente en que una raza tan pasiva haya avanzado tanto —volvió a reflexionar McAllister—. Hay algo ahí que no cierra.

Nos reunimos desazonados para planear nuestros próximos movimientos. El escarabajo nos estaba venciendo… simplemente con inercia: ¿cómo hallar la fuerza irresistible que obligara a moverse a la masa inamovible?

Decidimos, por lo pronto, devolver el escarabajo a su lugar, pues hacía una semana que no comía y no sabíamos cuánto podría resistir. Los dos días subsiguientes se nos pasaron en discusiones sobre si continuar o abandonar el sistema por otro más prometedor —después de todo, poco más podía haber que lo que ya habíamos

visto: una civilización agrícola poblada por campesinos— y, de querer continuar, cuál podía ser nuestro próximo movimiento.

—Aquí hay algo más que lo que aparece en superficie —repetía machaconamente McAllister, que, como todo gran científico, era un gran intuitivo… aunque no podía decirnos qué era ese “algo más”.

Era la noche del vigésimoquinto día. Dormía pesadamente, cuando la chicharra del comunicador me despertó:

—¡Capitán, capitán! ¿Está despierto?

Encendí la luz soñoliento: —Sí.

—¡Vea esto! ¡Conectamos!

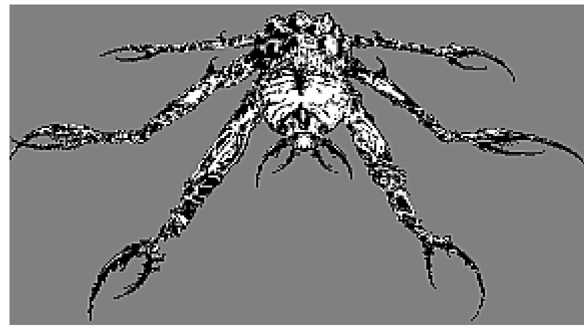
En la pantalla se borró el rostro del oficial para aparecer una gran escena del planeta, envuelta en un caos neblinoso de polvo. Dentro de esa niebla polvorosa, miles, no, ¡millones! de escarabajos se movían con velocidad impresionante. (Se estableció más tarde un promedio de 85 kilómetros por hora.)

Durante un minuto me quedé alelado: ¿dónde estaba la ordenada rutina que habíamos visto repetirse día tras día?

La escena cambió bruscamente —habían conectado con otra cámara—, luego cambió otra vez… y otra… y otra…

—Es lo mismo en todo el planeta, Capitán —comentó el oficial de guardia—. Observe usted… ¡hasta en la cara nocturna!

Nuestras cámaras, equipadas con infrarrojos, mostraban, en efecto, la cara nocturna del planeta y a los escarabajos —que deberían haber estado inmóviles— corriendo desaladamente.



Ilustró: FiPsi

Salté de la cama, me lavé la cara y me vestí, pensativamente, sin dejar de mirar la pantalla de TV; apagué luego el aparato y subí a la Sala de Control.

Al llegar, contemplé en las grandes pantallas las mismas escenas que había visto abajo, pero me sorprendió que todo el mundo se apiñara frente a una de ellas. Me acerqué y, con la consiguiente sorpresa, observé que en la escena que mostraba esa pantalla los escarabajos se estaban… apilando. Los primeros arribados se habían dispuesto en un cuadrado de doscientos metros de lado y los que llegaban montaban ahora unos sobre otros, de modo que la torre así formada crecía con rapidez. A medida que lo hacía, se empezaban a ver millares de escarabajos trepando por los costados.

Observé las demás pantallas. En algunas los escarabajos no habían llegado todavía al terreno elegido para levantar su torre; en otras la construcción ya había empezado. Esperamos, haciendo todo tipo de comentarios. En el curso de unas cuatro horas todos los escarabajos —independientemente de si era de día o de noche o de las condiciones meteorológicas reinantes— habían formado unas torres enormes, de unos ciento ochenta metros de altura; millares de ellas, esparcidas por todo el planeta.

Y a la hermética, misteriosa naturaleza de los escarabajos, ¡había que agregarle ahora esto!

Revisamos las grabaciones. En el mismo instante (¡y lo verificamos a la centésima de segundo!), todos los escarabajos del planeta se habían lanzado a un desenfrenado “rush”. Los que estaban sembrando, los que estaban cosechando, los que estaban inmóviles —en un estado equivalente, en apariencia, a nuestro dormir— en la cara nocturna…

Analizando los datos recolectados, los xenoespecialistas llegaron a varias conclusiones curiosas. Por ejemplo: mientras que los escarabajos que estaban sembrando habían corrido *hacia adelante* —evitando pisar las semillas recién sembradas—, los que estaban cosechando habían girado sobre sí mismos y habían corrido *hacia atrás*, evitando así pisotear la cosecha todavía no recogida. Esto probaba, según ellos, que operaba allí más que un mero reflejo —como el que obliga a una polilla a dirigirse hacia la luz—, ya que, al menos en parte, los escarabajos conservaban su autocontrol. La simultaneidad del comienzo de la moción indicaba que, fuera cual fuese el estímulo que la desataba, operaba a escala planetaria, lo que hacía probable que proviniera de fuera del planeta.

Y por último, el propósito de las torres. Había dos teorías básicas: la de quienes creían que eran su medio de reproducción y la de quienes pensaban que eran algún tipo de transmisores. Varios se adjudicaron el mérito de haber engendrado la idea, pero lo concreto es que despertó adhesión en buena parte de los especialistas.

Pero si eran transmisores, ¿en qué banda transmitían?

Sintonizamos desde las frecuencias acústicas hasta las cuasi-ópticas, sin hallar absolutamente nada…

¿Telepatía? En la nave había varios sensitivos; si los escarabajos estaban en comunicación telepática, entonces lo hacían por completo fuera del alcance de las mentes humanas.

De modo que, por decantación, fue ganando terreno la idea de que la formación de las torres constituía su medio de reproducción.

Otra cosa que quedaba en el aire era el estímulo que desataba el proceso. Se analizó toda causa imaginable: actividad solar, cambios químicos en la atmósfera, configuración del sistema planetario, campos magnéticos del planeta, bandas de Van Allen y mil más. Terminamos nuestro análisis en total desconcierto: no había variación significativa en ninguno de los parámetros.

Veinte días más tarde, y simultáneamente en todo el planeta, los escarabajos se pusieron bruscamente en movimiento, bajando por millares por los lados de las torres y se lanzaron a otra meteórica carrera, bien hacia sus lugares de trabajo, bien a formar las largas filas en las que permanecían inmóviles durante el invierno.

Y quince días después, las teorías “reproductivas” se derrumbaron estrepitosamente, cuando en el hemisferio Sur, terminada la cosecha, los escarabajos se lanzaron a un frenético copular.

Algo era ya evidente: si nuestro propósito había sido comunicarnos con los escarabajos para tender un puente entre ambas razas y conocer algo de sus motivaciones, pensamientos, o anhelos, habíamos fracasado en toda la línea. ¿Qué nos quedaba por hacer? Alguien propuso viviseccionar un escarabajo; pero, aparte de los obstáculos éticos, ni siquiera hacía falta, pues el tomógrafo nos había dado toda la información posible sobre órganos, sistemas, tejidos, y hasta texturas. Nos quedamos todavía un par de meses orbitando el planeta, recogiendo muestras de vida marina, minerales y el cereal que cultivaban los escarabajos. Tres veces en ese lapso se formaron las torres, y ni siquiera nuestra potente computadora logró determinar alguna relación, por remota que fuera, con alguno de los millares de parámetros que se medían constantemente.

Hubo una última conferencia antes de zarpar. Deprimidos y desanimados, fuimos entrando en los auditorios —¡era la primera especie no humana que hallábamos, y no habíamos logrado siquiera que nos miraran!— y nos fuimos sentando con lentitud para escuchar a los jefes de los departamentos de Xenopsicología y Xenobiología.

—Señores, pese a lo que ustedes puedan pensar, no encuentro razones para esta depresión —comenzó McAllister—. Esto era posible y hasta previsible: sólo hemos tenido la mala suerte de encontrarlo en el primer sistema planetario que exploramos. Por primera vez en nuestra Historia tenemos un vislumbre de la Ajenidad, la Otredad, así, con mayúscula, y no resulta extraño que no podamos hallar relación, por remota que sea, con nuestras motivaciones, nuestra lógica y nuestro raciocinio…

El debate subsiguiente se hizo turbulento y un tanto anárquico, debiendo hacer McAllister verdaderos esfuerzos para mantenerlo ordenado.

En ese caos de cientos de preguntas y ninguna respuesta, una voz anónima, casi gritando para hacerse oír, preguntó: —¿No tiene usted alguna teoría para explicar la conducta de los escarabajos, Profesor?

El silencio fue instantáneo. McAllister, frotándose pensativo la boca con el índice, contestó lentamente:

—No tenemos suficientes elementos como para construir algo tan elaborado como una "teoría" —(¡su insobornable honestidad intelectual!)—. Sólo podemos hacer la más vaga de las especulaciones… y teniendo bien en cuenta que quedarán mil hilos sueltos y tornillos flojos…

Yo, que conocía de sobra la prudencia de McAllister cuando se trataba de hacer suposiciones sin base firme, lo animé:

—Aunque pueda resultar controversible, díganos lo que piensa, Profesor.

Lo que siguió puso en evidencia que él y Ojukwu habían debatido intensamente el problema que nos ocupaba.

—Insisto en que nuestros conocimientos son tan vagos que todas las posibilidades quedan abiertas… pero supongamos, sólo supongamos, que hay en la Galaxia (o mejor aún, en el Universo) dos razas en guerra, por motivos tan incomprensibles como sus acciones; dos razas tan fabulosamente avanzadas que han abandonado las armas físicas (o bien nunca las poseyeron) y sus guerras son exclusivamente mentales. Supongamos más aún: que una de esas razas toma planetas habitables y los puebla con… máquinas de combate, autorreproducibles y automantenidas…

Crean una ecología que comprende sólo árboles, plantas alimenticias y…

—¿No les llama la atención que la única fauna terrestre del planeta sean insectos polinizadores? —interrumpió Ojukwu— Nunca he tenido noticias de una ecología de este tipo, ni siquiera cuando colonizamos el sistema solar. Y la vida marina, por su parte, está como encerrada en un nicho ecológico, sin relación alguna con la ecología terrestre. Casi como si fueran dos planetas distintos… o como si una de las partes fuera… *ajena*…

McAllister esperó un momento y luego prosiguió:

—Sigamos especulando: supongamos que hay un súbito ataque mental, telepático, o como quieran llamarlo, y los defensores corren a sus puestos de combate. Supongamos que han sido diseñados para que, al encastrarse estrechamente, aumenten su potencia mental.

—¿Recuerdan la superabundancia de tejido nervioso que hallamos en el ejemplar traído a bordo? —otra vez Ojukwu—; pues es completamente no funcional… y su disposición anatómica es tal que, al encastrarse en las torres, “podrían” quedar interconectados, formando una enorme masa neuronal. Tal vez en esa no-funcionalidad resida el asiento de esa hipotética potencia extrasensorial.

McAllister esperó otro momento, y continuó:

—Supongamos que prosigue la batalla en esta guerra imposible, tras alguna victoria inimaginable. Rayos mentales cruzando la Galaxia… escudos mentales levantándose alrededor de los planetas atacados y bajándose durante algunos milisegundos para emitir los rayos mentales propios. Se batalla durante días, o durante semanas, hasta que el enemigo se retira o es aniquilado. Las máquinas de combate vuelven entonces a sus tareas de supervivencia… y esto durante años… durante siglos… ¡tal vez durante milenios!

—¿De qué manera se podría probar su teoría, Profesor? —interrogó otra voz anónima.

—No lo sé —pensativamente—. Tal vez si encontráramos más planetas con este tipo de insectoides… u otro tipo de vida, pero con las mismas mociones caóticas y sin razón aparente… y que, de vez en cuando, se encastraran estrechamente entre sí…

Las discusiones duraron horas, pero finalmente estuvimos todos de acuerdo en que nuestra permanencia allí era inútil y, a la luz de la hipótesis de Ojukwu-McAllister, hasta peligrosa. Por

supuesto, no había ni que pensar en colonizar el sistema: las incertidumbres eran demasiadas.

De modo que dimos la espalda a ese extraño planeta y nos lanzamos al siguiente salto.

Capítulo de la novela:
Con “T”, como triunfo; con “F”, como fracaso

Noticias del sol

J. G. Ballard

Por las noches, mientras descansaba en la azotea de la clínica abandonada, Franklin recordaba a menudo a Trippett, y el último viaje que había hecho al desierto con el astronauta moribundo y con su hija. Impulsivamente, había cedido ante el pedido de la muchacha, cuando la encontró esperándolo en el laboratorio desmantelado, el traje de astronauta y los anteojos solares del padre en las manos, gastados recuerdos de la despreciado era del espacio. En muchos sentidos había sido un gesto sentimental, pero Trippett era el último hombre que había caminado por la luna, y el paisaje descuidado que rodeaba la clínica se parecía cada vez más a la superficie lunar. Bajo ese cielo azul cianuro tal vez se movería algo, excitando recuerdos perdidos, y por unos instantes Trippett hasta podría volver a sentirse como en su casa.

Seguido por la hija del astronauta, Franklin entró en el pabellón oscurecido. Habían trasladado a los otros pacientes, y Trippett estaba sentado solo en la silla de ruedas a los pies de la cama. Ahora, en vísperas del cierre de la clínica, el viejo astronauta había entrado en la fase terminal y sólo se mantenía consciente unos pocos segundos cada día. Pronto caería en la última ausencia profunda, un sueño invisible de las inmensas mareas del espacio.

Franklin levantó al viejo de la silla y llevó el cuerpo infantil por los pasillos hasta el aparcamiento de autos detrás de la clínica. Pero en cuanto salió a la punzante luz del sol lamentó la decisión, consciente de que la joven lo había manipulado. Ursula rara vez hablaba con Franklin y, al igual que los demás integrantes de la comunidad hippie, parecía disponer de todo el tiempo del mundo para mirarlo. Pero esos rasgos pacientes y vulgares, y la mirada nada inocente, lo perturbaban de una manera curiosa. A veces sospechaba que había mantenido a Trippett en la clínica simplemente para poder ver a la hija. Los médicos más jóvenes la veían regordeta y asexuada, pero Franklin estaba seguro de que ese cuerpo de matrona ocultaba un misterio sexual muy particular.

Sospechas aparte, el estado del padre de la muchacha le recordaba a Franklin la aceleración de sus propias ausencias. Durante un año esas ausencias habían durado poco más de algunos minutos diarios, lo que las había hecho manejables dentro del contexto de las horas que pasaba en el escritorio, y a veces casi

indistinguibles de la meditación. Pero en las últimas semanas, como si la decisión de cerrar la clínica las hubiese incitado, se habían estirado a más de treinta minutos por episodio. En tres meses no podría salir de la casa, en seis estaría totalmente despierto sólo una hora por día.

Las ausencias llegaban con tanta rapidez que el tiempo se derramaba saliendo en torrente de la copa rota de sus vidas. El verano anterior, durante las primeras excursiones al desierto, los períodos de vigilia de Trippett habían durado por lo menos media hora. Le habían producido un placer conmovedor el paisaje desierto, los moteles abandonados y las piscinas cubiertas de maleza del pequeño pueblo cerca de la base aérea, las pistas silenciosas con los reactores polvorientos asentados en neumáticos desinflados, las colinas demasiado brillantes que esperaban con la astucia infinita del reino geológico el fin del mundo orgánico y el comienzo de un dominio mineral, más vívido.

Ahora, por desgracia, el viejo astronauta no se daba cuenta de ninguna de esas cosas. Iba al lado de Franklin en el asiento delantero, los ojos descoloridos abiertos detrás de los anteojos pero la mente sincronizada con un tiempo personal. Ni siquiera lo excitaba el movimiento veloz del auto, y Ursula tenía que sostenerlo por los hombros para que no se golpease contra el parabrisas como un muñeco de trapo.

—Siga, doctor… le gusta la velocidad… —La muchacha se echó hacia adelante y tocó con la mano la cabeza de Franklin, mirando el velocímetro con ojos muy abiertos. Franklin hizo un esfuerzo para concentrarse en el camino, consciente del aliento de la muchacha en el pescuezo. Le costaba apartar las manos y la mente de esa madona de las autopistas con sueños secretos de velocidad. ¿Estaría planeando secuestrar al padre de la clínica? Vivía en la pequeña comunidad que había ocupado Soleri II, la vieja ciudad solar que se levantaba allá arriba, en las colinas. La muchacha bajaba todas las mañanas en bicicleta a llevarle a Trippett su ración de uvas pasas y exquisiteces macrobióticas. Ella se sentaba muy tranquila a su lado, como una madre joven, mientras él jugaba con la comida, dibujando figuras extrañas en el plato de papel.

—Más rápido, doctor Franklin… he visto como maneja. Siempre pisa el acelerador.

—¿Así que me has visto? No estoy seguro. Si tuviera ahora un desmayo… —Cediendo otra vez, Franklin llevó el Mercedes al centro de la ruta e hizo subir la aguja del velocímetro hasta ochenta. Hubo un destello de faros delanteros cuando se adelantaron al autobús semanal de Las Vegas, una mescolanza de

gritos de advertencia proferidos por los pasajeros que quedaron atrás envueltos en un tornado de polvo. El Mercedes ya andaba al doble del límite legal de velocidad. A treinta kilómetros por hora, teóricamente, el conductor que entraba en una ausencia repentina tenía tiempo de pasarle los mandos al acompañante obligatorio en el asiento delantero. En el desierto, a ambos lados de la ruta, se veían esparcidos los restos de autos que habían virado y salido del camino, deteniéndose en una loma de arena a más de un kilómetro de distancia, muriendo de exposición los conductores antes de despertar de las ausencias.

Pero a pesar de todo el peligro a Franklin le encantaba manejar, emprender carreras vertiginosas e ilícitas al anochecer, cuando parecía que estaba solo en un planeta olvidado. En un hangar cerrado de la base aérea había un Porsche y un viejo Jaguar. Los colegas de la clínica lo censuraban, pero él se salía con la suya, lo mismo que en el laboratorio, escudándose detrás de una fachada de excentricidad calculada que disculpaba algunas obsesiones con la velocidad, el tiempo, el sexo… Ahora necesitaba más la velocidad que el sexo. Pero pronto tendría que detenerse; manejar con rapidez se había convertido en un juego peligroso, estimulado por la esperanza infantil de que la velocidad garantizaría el movimiento de las agujas del reloj.

Por la izquierda se acercaron las torres y las cúpulas de cemento de la ciudad solar, la encantadora fantasía de una comunidad autosuficiente soñada por Paulo Soleri. Franklin aminoró la marcha para no atropellar a una joven vestida con un sari, detenida en el centro de la carretera como un maniquí. Los ojos de la joven miraban el polvo, una paleontología de esperanzas. En una hora saldría de ese estado y seguiría caminando hasta la parada del autobús, sin darse cuenta de que ya habían pasado el autobús y el tiempo.

Ursula abrazó al padre con tristeza, invitando a Franklin por señas a que se acercase.

—Andamos a paso de hombre, doctor. ¿Qué sucede? A usted le gustaba la velocidad. A papá también.

—Ursula, tu padre ni siquiera sabe que está aquí.

Franklin miró hacia el desierto, tratando de imaginar cómo lo verían los ojos de Trippett. El paisaje no parecía tan desolado como descuidado: los canales de riego desatendidos, el oxidado cuenco de un radiotelescopio montado sobre una cumbre cercana, plato de mendigo tendido hacia el banquete del universo. Las colinas esperaban a que ellos se alejasen de allí. Se había cometido un

crimen, una fechoría cósmica que llevaba sobre los hombros ese viejo y excelente astronauta sentado a su lado. Trippett lloraba todas las noches mientras dormía. Por sus sueños apagados corrían espectros, tratando de salir de su cabeza.

Los mejores astronautas —Franklin lo había descubierto mientras trabajaba para la NASA— nunca soñaban. O al menos no lo hacían hasta diez años después de las misiones, cuando aparecían las pesadillas y ellos regresaban a los institutos de medicina aérea que habían ayudado a reclutarlos.

La luz parpadeó en el desierto, y dibujó un efímero rastro catódico en las lentes negras de los anteojos de Trippett. Había miles de espejos de acero instalados en un trecho semicircular al borde de la carretera, una de las granjas solares que habrían proporcionado corriente eléctrica a los habitantes de Soleri II, energía ilimitada donada (en un gesto tal vez demasiado bondadoso) por la economía del sol.

Mientras miraba la luz reflejada que bailaba en los ojos de Trippett, Franklin dobló por el camino de mantenimiento que llevaba a la granja.

—Ursula, vamos a descansar aquí… Creo que estoy más fatigado que tu padre.

Franklin bajó del auto y echó a andar por la tierra blanca, calcinada, hacia el espejo más cercano. Siguió con los ojos las líneas focales que convergían en la torre de acero a menos de cien metros de distancia. Una parte del plato colector había caído al suelo, pero Franklin vio imágenes de sí mismo arrojadas al cielo, las mangas estiradas de su chaqueta blanca como las alas de un pájaro deforme.

—Ursula, trae a tu padre…

El viejo astronauta podía volver a verse suspendido en el espacio, esta vez patas arriba en esa imagen invertida, colgado por los talones del mástil del cielo.

Sorprendido por el placer perverso que le producía esa idea, Franklin volvió al auto. Pero mientras ayudaban a Trippett a bajar del asiento, tratando de tranquilizarlo, resonó sobre el desierto un ruido metálico. Una sombra angulosa relampagueó sobre sus cabezas, y un pequeño avión les pasó por encima, a menos de diez metros del suelo. El avión se escabullía como un mosquito demente, fabricando una tormenta con el motor diminuto, las alas encordadas aseguradas sobre un fuselaje abierto.

Montado a horcajadas sobre los mandos en miniatura iba un hombre de pelo blanco, desnudo a excepción de las gafas de aviador

que llevaba sujetas a la cabeza. Manejaba el avión de una manera errática pero elegante, utilizando el cielo para exhibir su llamativa figura.

Ursula trató de sostener al padre, pero el viejo se le desprendió de la mano y empezó a tambalearse entre los espejos, aporreando el aire con los puños cerrados. Al verlo, el piloto giró bruscamente alrededor de la torre solar y luego picó directamente hacia él, elevándose en el último instante en una bocanada de ruido y de polvo. Mientras Franklin corría a echar a Trippett cuerpo a tierra, el avión describió una larga curva para embestir de nuevo. El piloto manejaba el aparato utilizando sólo las rodillas, los brazos abiertos a los lados como si remedara la figura de Franklin que se veía en el cuenco sobre la torre.

—¡Slade! Tranquilícese de una vez…

Franklin se pasó una mano por la boca, sacándose la arena que lo había lastimado. Conocía de ese hombre demasiadas travesuras extravagantes para saber con certeza lo que haría a continuación. Antiguo piloto de la fuerza aérea y aspirante a astronauta, cuya solicitud Franklin había rechazado hacía tres años, mientras era presidente del tribunal de apelaciones médicas, había vuelto para importunarlo con las mismas excentricidades absurdas: rociar bandadas de golondrinas con pintura dorada, levantar un círculo de torres en el desierto (“mi programa espacial privado”, lo llamaba con orgullo), construir un aeropuerto de culto de cargo con torre de control de madera y aviones guardados en el garaje de la base aérea, parodia cruel destinada a castigar a los pocos mecánicos que todavía quedaban.

Y esos incesantes vuelos acrobáticos. Slade ¿habría reconocido el distante reflejo de Franklin mientras volaba cabeza abajo sobre el desierto, y decidido entonces pasar zumbando sobre el Mercedes por pura diversión, para impresionar a Trippett y a Ursula, y tal vez hasta a sí mismo?

El avión volvía hacia ellos con el motor chillando. Franklin vio que Ursula le gritaba algo, pero no se oían las palabras. El viejo astronauta temblaba como un espantapájaros vacío, señalando con una mano los espejos. Reflejadas en las hojas metálicas estaban las imágenes múltiples del avión negro, cientos de aves parecidas a buitres que giraban hambrientas sobre la tierra.

—¡Ursula, al auto! —Franklin se quitó la chaqueta y corrió entre los espejos, con la esperanza de alejar el avión de Trippett. Pero Slade había decidido aterrizar. Apagó el motor en el aire y fue perdiendo velocidad hasta aterrizar desmañadamente en el camino

de mantenimiento. Mientras la máquina carreteaba hacia el Mercedes con la hélice todavía girando, Franklin aferró el ala de estribor, casi rasgando la tela barnizada.

—¡Doctor! Ya me ha hecho aterrizar demasiadas veces… —Slade inspeccionó la tela mellada, luego señaló los dedos temblorosos de Franklin.— Esas manos… Espero que no le dejen operar a sus pacientes.

Franklin miró el piloto canoso. Sus propias manos estaban temblando, un comprensible reflejo de alarma. A pesar de esas palabras irónicas, el cuerpo desnudo de Slade se veía tan tenso como una trampa, cada músculo cargado de hostilidad. Sus ojos examinaron a Franklin con la mirada alerta pero curiosamente inexpresiva del psicópata. Su piel pálida era casi luminosa, como si después de terminar la carrera de astronauta hubiese hecho algún pacto privado con el sol. Un estrecho cinturón, que le rodeaba el cuerpo por debajo de la cintura, lo mantenía pegado al asiento, pero en sus hombros se veían las cicatrices de un extraño arnés: las marcas de una camisa de fuerza, pensó Franklin, o de algún tipo de fetichismo sexual.

—Sí, mis manos. Son las primeras en traicionarme. Le gustará saber que me retiro esta semana. —Con voz tranquila, Franklin agregó:-Yo no lo hice aterrizar.

Slade rumió esas palabras, meneando la cabeza. —Doctor, usted casi clausuró, por su cuenta, todo el programa espacial. Tal vez lo irritaba de un modo particular. Pero no se preocupe, yo he iniciado otro, mi propio programa espacial. —Señaló a Trippett; Ursula lo estaba calmando en el auto.— ¿Por qué sigue molestando al viejo? Él no anda buscando preocupaciones.

—Le gusta pasear en auto… parece que la velocidad le hace bien. Y entiendo que a usted también. Tenga cuidado con esas ausencias. Si quiere, visíteme en la clínica.

—Franklin… —Slade controló su irritación aflojando cuidadosamente la mandíbula y la boca, como quien desmonta un arma ofensiva.-Ya no tengo ausencias. Encontré una manera de… enfrentarlas.

—¿Haciendo estos vuelos? Asustó al viejo.

—No estoy seguro. —Slade miró a Trippett mientras movía afirmativamente la cabeza.— En realidad me gustaría llevarlo conmigo… Algún día volveremos a volar al espacio. Para él fabricaré una suave nave espacial, de papel de arroz y bambú…

—Ésa parece su mejor idea hasta el momento.

—Lo es. —Slade miró a Franklin con repentino interés, y con la sonrisa casi infantil del alumno ante un maestro favorito.— Hay una manera de salir, doctor, una manera de salir del tiempo.

—Muéstremela, Slade. No me queda mucho tiempo.

—Lo sé, doctor. Eso es lo que quería decirle. Marion y yo lo vamos a ayudar.

—¿Marion…? —Pero antes de que Franklin pudiese terminar la frase, se encendió el motor del avión. Soplando con la hélice el estabilizador de cola, Slade hizo girar hábilmente el aparato sobre sí mismo. Volvió a colocarse las gafas sobre los ojos y despegó en un embudo de polvo que blanqueó la pintura del Mercedes. Ya en la seguridad del aire dio una vuelta final, hizo un curioso saludo secreto y se elevó en el cielo.

Franklin caminó hasta el auto y se apoyó en el techo, recuperando el aliento. El viejo había recobrado la calma, y ya no se acordaba del breve ataque.

—Ese era Slade. ¿Lo conoces, Ursula?

—Lo conoce todo el mundo. A veces trabaja con nuestra computadora en Soleri, o arma peleas. Está un poco loco, y trata todo el tiempo de no sufrir ausencias.

Franklin asintió, mirando cómo desaparecía el avión hacia Las Vegas, perdiéndose entre las torres de los hoteles. —En una época se entrenó como astronauta. Mi mujer piensa que quiere matarme.

—Quizá tenga razón. Ahora recuerdo… Dijo que si no fuera por usted habría ido a la luna.

Franklin hizo girar el Mercedes en el camino de mantenimiento. Cuando entraron en la autopista pensó en la misteriosa referencia que Slade había hecho sobe Marion. Era hora de ser cauteloso. Las ausencias de Slade tendrían que haberse ido alargando durante meses, pero de algún modo las mantenía a raya. Toda esa energía violenta contenida en su cráneo abriría algún día las suturas y estallaría en un feroz acto de venganza…

—¡Doctor Franklin! ¡Escuche!

Franklin sintió las manos de Ursula en los hombros. Presa de pánico, aminoró la velocidad y se puso a buscar el pequeño avión en el cielo.

—¡Es papá, doctor! ¡Mire!

El viejo se había incorporado, y miraba por la ventanilla con sorprendente atención. La floja musculatura de ese rostro había

recuperado el tono, dibujando el enérgico perfil de un antiguo oficial naval. No mostraba ningún interés en su hija ni en Franklin pero se fijaba con notable curiosidad en una raída palmera que crecía al lado de un motel de la orilla de la autopista, y en el agua tibia de la piscina semivacía.

Mientras el auto oscilaba avanzando por el centro de la carretera, Trippett movía afirmativamente la cabeza, aprobando sin reservas todo ese paisaje árido. Tomó la mano de la hija, subrayando algún punto de la conversación interrumpida por un bache.

—…aquí todo es verde, más parecido a Texas que a Nevada. Y tranquilo. Muchos árboles frescos y pastos y todos esos campos y lagos bonitos. Me gustaría parar y dormir un rato. Mañana, tal vez, iremos a nadar, querida. ¿Te gustaría?

Apretó la mano de la hija con repentino afecto. Pero no pudo continuar hablando: una puerta se le cerró dentro de la cara, y él dejó de estar allí.

Llegaron a la clínica y devolvieron a Trippett a su sala oscurecida. Más tarde, mientras Ursula pedaleaba alejándose por las pistas de aterrizaje silenciosas, Franklin se sentó en su escritorio del laboratorio desmantelado. Golpeteó uniendo las yemas de los dedos mientras pensaba en la curiosa intervención de Trippett, provocada de algún modo por la aparición de Slade en el cielo. La breve salida del viejo astronauta al mundo del tiempo, esos pocos segundos de lucidez, le daban esperanzas. ¿Sería posible revertir las ausencias? Estuvo tentado de volver a la sala y meter a Trippett en el auto y salir a dar otra vuelta.

Entonces recordó el avión de Slade que se acercaba velozmente sobre los espejos solares, la hélice pequeña y maligna que desmenuzaba la luz y el aire, el tiempo y el espacio. Ese astronauta fracasado había llegado a la cínica hacía siete meses. Mientras Franklin estaba de viaje, asistiendo a una conferencia, llegó Slade en una ambulancia de la fuerza aérea, haciéndose pasar por un paciente terminal. Con ese pelo canoso y esa mirada obsesiva, había cautivado inmediatamente a la directora de la clínica, la doctora Rachel Vaisey, que le permitía andar libremente por todo el lugar. Slade recorría los laboratorios y los pasillos, recogiendo armarios y cajones de escritorios en desuso, sobre los que montaba una serie de pequeños cuadros, altares psicosexuales para los extraños dioses que llevaba dentro de la cabeza.

Construyó el primero de los altares en el bidet de Rachel Vaisey, una fea armazón de jeringas hipodérmicas, anteojos de sol

rotos y tampones ensangrentados. Otros altares aparecieron en alcobas de los pasillos y en camas desocupadas, reliquias de un futuro todavía no experimentado abandonadas allí como una especie de depósito psíquico a cuenta del probable fracaso de su tratamiento. Después que una ultrajada doctora Vaisey insistió en realizar una inspección completa, Slade se fue de la clínica y se hizo una nueva casa en el cielo.

Quitaron los altares, pero preservaron uno cuidadosamente. Franklin abrió el cajón central de su escritorio y miró el arreglo exhibido como un cadáver en un féretro de algodón quirúrgico. Había un fragmento etiquetado de roca lunar robado del museo de la NASA en Houston; una fotografía de Marion en un baño de hotel, tomada con zoom; el cuerpo blanco casi se fundía con los azulejos de la ducha; una reproducción descolorida de *La persistencia de la memoria* de Dalí, con los relojes blandos y el embrión agonizante; un juego de leucótomos con las puntas tapadas por habichuelas metálicas; y una tarjeta de emergencia de un donante de órganos que legaba su propio cerebro a quien lo necesitase. En conjunto esos artículos formaban un certero antirretrato de todas las obsesiones de Franklin, una capilla lateral de su cabeza. Pero Slade había sido siempre un observador agudo, y mostraba más interés en Franklin que en ninguna otra persona.

¿Cómo eludía las ausencias? La última vez que Franklin lo había visto en la clínica, Slade ya sufría ausencias que duraban una hora o más. Pero ese hombre de algún modo había abierto una puerta en la mente de Trippett, y le había dado su visión de campos verdes.

Cuando Rachel Vaisey fue a quejarse de la salida en auto sin autorización, Franklin le restó importancia, y trató de transmitir su excitación ante el arranque de Trippett.

—Allí estaba, Rachel. Fue completamente él mismo durante algo así como treinta segundos, sin esfuerzo, sin necesidad de recordar quién era. Me asusta pensar que lo había dado por perdido.

—Qué extraño… una de esas remisiones inexplicables. Pero trate de no ver en eso demasiadas cosas. —La doctora Vaisey miró con disgusto la cámara perimetral instalada al lado del enorme disco giratorio. Como a la mayoría de los integrantes de su equipo, le gustaba la idea de que cerrase la clínica, y que trasladasen a algún sanatorio distante los pocos pacientes que quedaban. Dentro de un mes ella y sus colegas regresarían a las universidades de donde habían salido temporariamente. Ninguno de ellos había sido afectado todavía por las ausencias; que hubiese sucumbido solamente Franklin parecía doblemente cruel, y confirmaba todas

las viejas sospechas acerca de ese médico díscolo. Franklin había sido el primer psiquiatra de la NASA en identificar la enfermedad del tiempo, en ver el sentido de las ausencias originales de los astronautas.

Pensativa ante el panorama que se le presentaba a Franklin, consiguió esbozar una sonrisa conciliatoria. —Dice usted que habló con coherencia. ¿Qué dijo?

—Balbuceó algo acerca de unos campos verdes. —Franklin estaba detrás del escritorio con la vista clavada en el cajón abierto que los ojos suspicaces de la doctora Vaisey no alcanzaban a ver.— Estoy seguro de que los veía de verdad.

—¿Un recuerdo de la infancia? Pobre hombre, al menos parece feliz, no importa donde esté verdaderamente.

—¡Rachel…! —Franklin metió el cajón en el escritorio.-Trippett miraba el desierto a los lados de la carretera: allí no hay nada más que piedras, polvo y unas pocas palmeras moribundas, pero él veía campos verdes, lagos, bosques de árboles. Debemos mantener abierta la clínica un poco más. Siento que ahora tengo una oportunidad. Quiero volver al principio y repensar todo.

Antes que la doctora Vaisey pudiera interrumpirlo, Franklin había empezado a pasearse por la oficina, hablándole al escritorio. —Tal vez las ausencias sean una preparación para algo, y hayamos hecho mal en temerlas. Los síntomas se han extendido tanto que estamos virtualmente frente a una epidemia invisible que afecta a una persona de cada cien y que quizá ha contagiado a otro cinco por ciento que todavía no se ha dado cuenta. Eso, sin duda, es lo que ocurre aquí en Nevada.

—Es el desierto… Desde luego, la topografía tiene que ver con las ausencias. Le ha hecho daño a usted, Robert. A todos nosotros.

—Más razón para quedarnos y enfrentarla. Escúcheme, Rachel: estoy dispuesto a trabajar con los demás mejor que antes. Esta vez seremos un verdadero equipo.

—Eso es una concesión. —La doctora Vaisey habló sin ironía.-Pero es demasiado tarde, Robert. Usted ha probado todo.

—No he probado nada… —Franklin apoyó una mano en la enorme lente de la cámara perimetral, ocultando la figura deforme que remedaba sus gestos desde el cristal. Lo habían seguido todo el día reflejos distorsionados de sí mismo, como si le estuvieran mostrando breves pasajes de una película obscena en la que actuaría pronto. Ojalá hubiera dedicado más tiempo a Trippett y menos a los

grupos de voluntarios compuestos por amas de casa y personal de la fuerza aérea. Pero el viejo astronauta lo intimidaba, le tocaba los sentimientos de culpa que le despertaba su complicidad con el programa espacial. Como integrante del equipo de apoyo médico había ayudado a poner en el espacio a los últimos astronautas, y hecho posibles los vuelos de un año de duración que habían desatado toda la plaga espacial y quebrado el reloj de arena cósmico…

—¿Y Trippett? ¿Dónde lo va a esconder?

—No lo vamos a esconder. Su hija se ha ofrecido a llevarlo con ella. Parece una chica razonable.

Dominada por la ansiedad, la doctora Vaisey se adelantó y sacó la mano de Franklin de la lente de la cámara. —Robert… ¿podrá arreglárselas? Usted dice que lo cuidará su mujer. Me gustaría que me permitiese conocerla. Podría insistir…

Franklin pensaba en Trippett: la noticia de que el viejo astronauta seguiría estando allí, probablemente viviendo en Soleri II, le había dado esperanzas. El trabajo podría continuar…

Sintió una necesidad repentina de quedarse solo en la clínica vacía, de librarse de la doctora Vaisey, esa neuróloga madura y bien intencionada, de mente cerrada y mundo cerrado. Ella miraba a Franklin por encima del escritorio, evidentemente sin saber bien qué hacer, los ojos distraídos por las golondrinas doradas y plateadas que hacían piruetas sobre las pistas del aeropuerto. La doctora Vaisey había lamentado siempre su breve apasionamiento con Slade. Franklin recordaba su último encuentro en la oficina de ella, en el que Slade había sacado el pene y se había masturbado delante de la mujer; luego había insistido en poner el semen caliente en una platina. Por el ocular del microscopio la doctora Vaisey había observado las mil réplicas de ese joven psicótico nadando frenéticamente. Luego de diez minutos comenzaron a claudicar. En una hora estaban todas muertas.

—No se preocupe, no tendré problemas. Marion conoce exactamente mis necesidades. Y Slade estará cerca para ayudarla.

—¿Slade? ¿Qué diablos…?

Franklin sacó el cajón central del escritorio. Con cuidado, como quien manipula un explosivo, puso el altar ante los ojos aterrados de la doctora Vaisey.

—Tómelo, Rachel. Es el plano de nuestro programa espacial conjunto. Quizá le interese participar…

Después que se fue la doctora Vaisey, Franklin regresó a su escritorio. Primero se sacó el reloj de pulsera y se masajeó la piel en carne viva del antebrazo. Cada quince minutos volvía la aguja del cronómetro a cero. Ese tic nervioso, un espasmo temporal, era desde hacía tiempo objeto de bromas en la clínica. Pero tras la aparición de una ausencia el tiempo total acumulado le daba una medida razonablemente exacta de su duración. Un mecanismo imperfecto: casi se alegraba al pensar que pronto se libraría totalmente del tiempo.

Pero eso aún no era posible. Mientras se tranquilizaba miró las últimas páginas del diario.

Junio 19 —ausencias: 8:30 a 9:11 am; 11:45 a 12:27 am; 5:15 a 6:08 pm; 11:30 a 12:14 pm. Total: 3 horas.

Las sumas lo iban arrinconando. Junio 20: 3 horas 14 minutos; junio 21: 3 horas 30 minutos; junio 22: 3 horas 46 minutos. Le quedaba poco más de diez semanas si las ausencias no dejaban de crecer, o si no encontraba la puerta por la que Trippett había asomado brevemente la cabeza.

Franklin cerró el diario y volvió a mirar la lente de la cámara perimetral. Curiosamente, nunca se había dejado fotografiar por la máquina, como si los contornos de su cuerpo constituyesen un terreno secreto cuyos códigos había que mantener en reserva para facilitarle la última tentativa de huida. De pie o recostados en la plataforma rotatoria, los pacientes voluntarios habían sido fotografiados en una toma continua que los transformaba en un paisaje de colinas y valles ondulantes, no muy diferente del desierto que se extendía allí afuera. ¿Podrían tomar una fotografía aérea de los desiertos de Gobi y del Sahara, invertir el proceso y reconstituir la inmensa figura de una diosa dormida, una Afrodita nacida de un mar de dunas? Franklin se había obsesionado con la cámara, y fotografiaba todo desde cubos y esferas hasta tazas y platos y luego los propios pacientes desnudos, con la esperanza de encontrar la dimensión de tiempo encerrada en esos espacios ondulantes.

Hacía tiempo que los voluntarios se habían retirado a las salas de enfermos terminales, pero sus fotografías estaban todavía clavadas en las paredes: un dentista jubilado, un sargento de policía integrante del destacamento de Las Vegas, una peluquera de edad madura, una atractiva madre de mellizos de un año de edad, un

controlador de tráfico aéreo de la base. Sus rasgos achatados y sus anatomías deformes se parecían al embrollo pesadillesco que veían todos los pacientes si se los despertaba deliberadamente de sus ausencias mediante estimulantes fuertes o choques eléctricos: formas legamosas en un mundo elástico, vertiginoso y desagradable. Sin tiempo, un rostro parecía desparramarse manchando el aire, y el cuerpo humano se transformaba en un monstruo surrealista.

Para Franklin, y para las demás decenas de miles de víctimas, las ausencias habían comenzado de la misma manera, con momentos muy breves de distracción. Una pausa demasiado larga en la mitad de una oración, un huevo revuelto misteriosamente quemado, el sargento de la fuerza aérea que le cuidaba el Mercedes molesto por su repentina falta de educación: todo eso llevó a lapsos más largos de tiempo perdido. Subjetivamente, no notaba interrupciones en la corriente de la conciencia. Pero el tiempo se escurría escapándose lentamente de su vida. Apenas el día anterior, se había asomado a la ventana a mirar la hilera de autos iluminados por el sol del atardecer; un instante después afuera era de noche y el lugar de aparcamiento estaba vacío.

Todas las víctimas contaban la misma historia: citas olvidadas, accidentes automovilísticos inexplicables, criaturas sin atención rescatadas por la policía y los vecinos. Las víctimas “despertaban” a medianoche en edificios de oficinas vacíos, se descubrían en bañeras de agua estancada, eran arrestadas por caminar sin respetar las señales de tránsito, se olvidaban de alimentarse. En seis meses sólo estarían conscientes durante la mitad del día, tendrían miedo de manejar o de salir a la calle, y llenarían desesperadamente todos los cuartos de relojes y de aparatos para medir el tiempo. Una semana (mezcolanza de albas y crepúsculos) pasaba como una exhalación. Al final del primer año sólo estaban alerta unos pocos minutos por día, ya no podían alimentarse ni cuidarse, y pronto entrarían en uno de los tantos hospitales o sanatorios estatales.

El primer paciente de Franklin después que éste llegó a la clínica fue un piloto de combate con quemaduras graves que se había metido con su reactor por las puertas de un hangar. El segundo fue el último de los astronautas, un antiguo capitán naval llamado Trippett. El piloto pronto quedó fuera de su alcance, sumido en un crepúsculo perpetuo, pero Trippett había resistido, manteniéndose lúcido durante unos pocos minutos diarios. Franklin había aprendido mucho de Trippett, el último hombre en caminar por la luna y el último hombre en luchar contra las ausencias: hacía tiempo que todos los primeros astronautas se habían retirado a un

mundo intemporal. Los cientos de conversaciones fragmentarias, y la misteriosa culpa que Trippett compartía con sus colegas y que, como a ellos, lo llevaba a llorar en sueños, convencieron a Franklin de que había que buscar el origen de la epidemia en el propio programa espacial.

El hombre, al salir de su planeta y partir hacia el espacio exterior, había cometido un crimen evolutivo, había violado las normas que regían su inquilinato del universo, y las leyes del tiempo y el espacio. Tal vez el derecho a viajar por el espacio perteneciese a otra categoría de seres, pero por ese delito recibía un castigo tan indudable como el que sufriría cualquiera que intentase desconocer las leyes de la gravedad. Las vidas desdichadas de los astronautas mostraban, por cierto, todos los signos de un creciente sentido de culpa. La reincidencia en el alcoholismo, el silencio y el pseudomisticismo, y los trastornos mentales, insinuaban angustias profundas ante el problema de la legitimidad moral y biológica de la exploración espacial.

Por desgracia, la enfermedad no sólo afectaba a los astronautas. Cada lanzamiento espacial había dejado su huella en las mentes de las personas que habían observado las expediciones. Cada vuelo a la luna y cada viaje alrededor del sol era un trauma que les torcía la percepción del tiempo y del espacio. Su propia expulsión del planeta de origen mediante el uso de fuerza bruta había sido un acto de piratería evolucionaria, por el que los echaban ahora del mundo del tiempo.

Franklin fue el último en salir de la clínica, preocupado por sus recuerdos de los astronautas. Se había quedado sentado en su escritorio dentro del laboratorio silencioso, el dedo en el cronómetro, esperando la ausencia vespertina. Pero la ausencia no se había producido: tal vez su alegre estado de ánimo tras la salida en auto con Trippett la había desviado. Mientras atravesaba el aparcamiento de autos miró hacia la base aérea abandonada. A doscientos metros de la torre de control, sobre la pista de cemento, había una joven con un delantal atado alrededor de la cintura, perdida en una ausencia. A poco más de medio kilómetro de distancia había otras dos mujeres en el centro de la enorme pista de carga. Todas pertenecían al pueblo cercano. Al oscurecer, esas mujeres de las pistas salían de sus hogares y de sus casas rodantes y vagaban por la base aérea, mirando el crepúsculo como esposas de astronautas olvidados que esperaban la vuelta de sus maridos desde las mareas del espacio.

La aparición de esas mujeres tenía siempre un efecto perturbador sobre Franklin, que debió obligarse a poner en marcha

el auto. Mientras viajaba hacia Las Vegas el desierto presentaba un aspecto casi lunar a la luz del anochecer. Nadie iba ahora a Nevada, y la mayor parte de la población local se había marchado hacía mucho tiempo, asustada por las molestas perspectivas del desierto. Cuando llegó a su casa el crepúsculo se filtraba a través de la bruma color cereza que cubría los viejos casinos y hoteles, recuerdo espectral de la noche eléctrica.

A Franklin le gustaba ese abandonado lugar de juego. Los otros médicos vivían a pocos minutos en auto de la clínica, pero Franklin había escogido uno de los moteles semivacíos de los suburbios del norte de la ciudad. Por las noches, después de visitar a sus escasos pacientes en las casas de retiro, solía pasear en auto por el silencioso Strip, bajo las fachadas crepusculares de los enormes hoteles, y vagar durante horas bajo las sombras, entre las piscinas vacías. Esa ciudad de sueños agotados, que alguna vez se había jactado de no contener relojes, parecía estar ahora sufriendo ella misma una ausencia.

Mientras aparcaba en el patio delantero del motel, notó que faltaba el auto de Marion. El departamento del tercer piso estaba vacío. El televisor, puesto al lado de la cama, funcionaba en silencio para una montaña de textos de medicina que Marion le había sacado de los estantes y para un cenicero tan desbordado como la boca del Vesubio. Franklin puso los vestidos en perchas y los guardó en el ropero. Mientras contaba las nuevas quemaduras de cigarrillo que había en la alfombra, pensó en el notable desorden que Marion podía producir en unas pocas horas, tanto en la casa como en lo demás. Sus ausencias ¿serían verdaderas o simuladas? A veces sospechaba que ella, casi a sabiendas, remedaba los deslices temporales, en un esfuerzo por entrar en la única región donde Franklin estaba libre de ella, a salvo de toda su frustración por haber vuelto a su lado.

Franklin salio al balcón y miró hacia la piscina vacía. Marion tomaba a menudo baños de sol desnuda sobre el piso de cemento, y quizá la había atrapado allí la ausencia. Escuchó el zumbido de un avión liviano que daba vueltas alrededor de los hoteles distantes, y se enteró por el geólogo jubilado del departamento contiguo que Marion había salido en el auto apenas unos minutos antes de su llegada.

Mientras arrancaba se dio cuenta de que su ausencia vespertina aún no se había producido. Marion ¿habría visto sus faros acercándose por el desierto, y decidido de pronto desaparecer en la noche oscura de los hoteles del Strip? Ella había conocido a Slade en Houston hacía tres años, y en esa ocasión él había

intentado persuadirla de que intercediese ante Franklin. Ahora parecía que él la cortejaba desde el cielo, por motivos que ella probablemente no alcanzaba a entender. Hasta aquella primera relación había sido parte de la esmerada cacería que Slade practicaba sobre Franklin.

No se veía más el avión; había desaparecido sobre el desierto. Franklin se metió con el auto por el Strip, entrando y saliendo de los patios de los hoteles. En un aparcamiento vacío vio uno de los fantasmas del crepúsculo, un hombre de edad madura vestido con un raído smoking, un croupier o un cardiólogo jubilado que volvía a esos armatostes soñadores. Sorprendido en la mitad del pensamiento, miró sin ver hacia un letrero de neón apagado. No muy lejos, entre las mesas polvorientas de la piscina, había una joven de caderas fuertes, la figura escultural transformada por la ausencia en una musa de Delvaux.

Franklin se detuvo para ayudarlos, si fuera posible para despertarlos antes de que se congelasen en la fría noche del desierto. Pero al bajar del auto vio que los faros se reflejaban en la hélice quieta de un pequeño avión detenido sobre el Strip.

Slade se asomó desde la cabina del aparato; a la luz de los faros su piel blanca era de un marfil enfermizo. Todavía andaba desnudo, y llamaba por señas, con gran familiaridad, a una mujer hermosa vestida con un abrigo de prostituta que inspeccionaba juguetonamente la cabina. La invitaba ofreciéndole el asiento estrecho, como un conductor de antes tratando de seducir a una transeúnte.

Admirando a Slade por su valor para usar el cielo como medio para abordar a su mujer, Franklin echó a correr. Slade había tomado a Marion de la cintura e intentaba meterla en la cabina.

—¡Suéltela, Slade! —A veinte metros de ellos, Franklin tropezó en un neumático abandonado. se detuvo a recuperar el aliento, y entonces brotó de la oscuridad un ruido de motor que se arrojó sobre él: el mismo trompetazo metálico que había oído esa mañana en el desierto. El avión de Slade corría por el Strip, rebotando con las ruedas en el cemento, la hélice iluminada por los faros delanteros del auto. Franklin cayó de rodillas y el avión se ladeó para esquivarlo; luego se elevó bruscamente y se alejó en el cielo.

El aire excitado se agitaba alrededor de Franklin, persiguiendo a Slade. Franklin se levantó, tapándose la cara con las manos para protegerla del polvo. La oscuridad se había llenado de hojas de hélice que giraban. De la noche salían retorciéndose unos

lazos plateados, imágenes de la hélice que se arrojaban desde la estela que había dejado el avión.

Aturdido todavía por el violento ataque de la máquina, Franklin oyó cómo se perdía el zumbido sobre el desierto. Observó el despliegue con que su retina había transformado las calles sombrías. Sobre su cabeza giraban unas espirales de plata que desaparecían entre los hoteles, resplandeciente senda de vuelo que casi podía tocar con las manos. Se afirmó contra el duro cemento que tenía bajo los pies y volvió a seguir a su mujer, que escapaba de él entre las piscinas vacías y los aparcamientos desiertos de la ciudad recién iluminada.

—Pobrecito… ¿no lo viste? Voló directamente hacia ti. ¿Robert…?

—Claro que lo vi. Si no fuera por eso no creo que estuviese ahora aquí.

—Pero tú te quedaste allí inmóvil, totalmente hipnotizado. Sé que él siempre te ha fascinado, pero eso es llevar las cosas demasiado lejos. Si esa hélice hubiera…

—Fue un pequeño experimento —dijo Franklin—. Quería ver qué era lo que trataba de hacer.

—¡Trataba de matarte!

Franklin estaba sentado en el borde de la cama, mirando las quemaduras de cigarrillo en la alfombra. Habían llegado al departamento hacía quince minutos, pero él estaba todavía tratando de tranquilizarse. Pensaba en la hélice que había girado devorando la oscuridad. Postergada toda la tarde, su ausencia había comenzado en el momento en que tropezaba en el neumático, y había durado casi una hora. Por motivos personales, Marion fingía que la ausencia no había ocurrido, pero Franklin tenía la piel helada al despertar. ¿Qué habían estado haciendo ella y Slade durante el tiempo perdido? A Franklin no le costaba nada imaginarlos juntos en el auto de Marion, o hasta en la cabina del avión, bajo la mirada ciega del marido. Eso le agradaría a Slade, y lo pondría en el estado de ánimo justo para asustar a Franklin en el momento de despegar.

Por la puerta abierta Franklin miró el cuerpo desnudo de su mujer dentro del cubo blanco del cuarto de baño. En la jabonera humeaba un cigarrillo mojado. En los muslos y las caderas de Marion había racimos de pequeñas magulladuras, marcas de una lucha estilizada. Un día, pronto, cuando ella se vaciase de tiempo, los contornos de esos pechos y esos muslos emigrarían a las paredes bruñidas, tan serenas como las dunas y los valles de las fotografías

perimetrales.

Marion se sentó ante la mesa del tocador y espió por encima del hombro empolvado con cierta preocupación. —¿Te pondrás bien? A mí me cuesta mucho enfrentarme conmigo misma. ¿Aquello no fue un ataque…?

—Claro que no. —Hacía meses que fingían que ninguno estaba afectado por las ausencias. Marion necesitaba la ilusión, más en el caso de Franklin que en el suyo.— Pero quizá yo no sea siempre inmune.

—Robert, si alguien es inmune ese alguien eres tú. Piensa en ti, en lo que siempre has querido: estar solo en el mundo, sólo tú y esos hoteles vacíos. Pero cuídate de Slade.

—Me cuido. —Como al pasar, Franklin agregó:— Quiero verlo de nuevo. Arregla una entrevista.

—¿Qué? —Marion volvió a mirar al marido por encima del hombro, la lente de contacto izquierda atrapada debajo del párpado. — Sabes, andaba desnudo.

—Eso vi. Es parte de su código. Slade está tratando de decirme algo. Me necesita, de un modo especial.

—¿Te necesita? No, no te necesita, créeme. Si no fuera por ti habría ido a la luna. Le quitaste eso, Robert.

—Y puedo devolvérselo.

—¿Cómo? ¿Van ustedes a iniciar un programa espacial propio?

—Ya lo hemos iniciado en cierto modo. Pero de verdad necesitamos tu ayuda.

Franklin se quedó esperando una respuesta, pero Marion siguió extasiada ante el espejo, la caja de las lentes de contacto en una mano, separando los párpados con los dedos. Fundida con su propio reflejo en el vidrio manchado por los dedos, parecía que estaba disparándole al sol con un sextante en miniatura, buscando su rumbo en esa ciudad de espejos vacíos. Recordó el último mes que habían pasado juntos en Cabo Kennedy después del fin, el largo viaje en auto por la costa muerta de la Florida. El programa espacial había expresado todo su fracaso mediante esa mezcla terminal de hoteles y edificios de departamentos abandonados, arquitectura tan críptica como los códigos de un idioma geométrico descartado. Recordó la sangre de Marion derramándose en el lavatorio desde las palmas de las manos cortadas, y las disputas constantes que nacían del aire.

Pero curiosamente ésos habían sido días felices, colmados por

los vivificantes estímulos de su enfermedad. Había soñado con la promiscuidad de ella, con los insanos favores que concedía a camareras y a mozos de hotel. Regresó solo de Miami, descansando al lado de las piscinas de los hoteles vacíos, recordando los éxtasis de los aparcamientos abandonados. En cierto modo ese viaje había sido su primer experimento con el tiempo y el espacio, colocando ese cuerpo y esa mente desdichada en una serie de cuartos de baño y piscinas, observándola con los amantes en los esquemáticos aparcamientos de coches, emociones suspendidas en esas telarañas abstractas del espacio.

Afectuosamente, Franklin apoyó las manos en los hombros de Marion, sintiendo la conocida piel pegajosa de las ausencias. Le acomodó las manos de ella en la falda y luego le sacó la lente de contacto del globo del ojo, cuidando de no cortarle la córnea. Franklin le sonrió a ese rostro descolorido, contando las pequeñas cicatrices y manchas que le habían aparecido alrededor de la boca. Como todas las mujeres, Marion nunca temía verdaderamente las ausencias: aceptaba el mito popular de que durante esos períodos de ausencia temporal el cuerpo se negaba a envejecer.

Sentado al lado de ella en el taburete, Franklin la abrazó con suavidad. Le sostuvo los pechos en las palmas de las manos, siguiendo durante un momento las curvaturas resbaladizas. A pesar de todo el cariño que sentía por Marion, no tendría más remedio que usarla en su duelo con Slade. Los planos de los muslos y los hombros de ella eran segmentos de una pista de despegue secreta por la que algún día volaría hacia su seguridad.

Julio 5

No fue uno de mis mejores días. Cinco ausencias largas, cada una de más de una hora. La primera comenzó a las 9, mientras iba por detrás de la piscina hacia el auto. De pronto me encontré de pie en el fondo: la luz del sol era más fuerte, y el viejo geólogo me miraba con cara de preocupado. ¡Marion le había pedido que no me molestase porque yo estaba meditando! En el futuro tendré que acordarme de usar un sombrero, la luz del sol me produjo una erupción viral en los labios. Marion usa eso como pretexto para no besarme, no se da cuenta de lo ansiosa que está por irse de aquí, no podrá seguir fingiendo que no existen las ausencias durante mucho tiempo. ¿Supondrá que yo de algún modo tengo planes para explorar su sexualidad exacerbada?

Esas ausencias largas son extrañas, por primera vez desde el ataque del aeroplano tengo un vago recuerdo del tiempo muerto. La geometría de aquella piscina vacía actuaba como un espejo, el cielo parecería haberse llenado de soles. Quizá Marion sabía lo que hacía cuando iba allí a tomar baños de sol. ¿Deberé descender por esa oxidada escalera de cromo a una nueva clase de tiempo?

Total de tiempo perdido: 6 horas 50 minutos.

Julio 11

Hoy sufrí una ausencia peligrosa, y lo que puede haber sido otro intento homicida por parte de Slade. Casi me maté viajando en auto a la clínica, y me cuesta pensar en volver allí. La primera ausencia se produjo a las 8:15 de la mañana, sincronizada con la de Marion: ésa es ahora nuestra única actividad conyugal. Debo haber empleado una hora en abrir la puerta del baño, mientras la miraba a ella inmóvil bajo la ducha. Sobre el cielo raso y las paredes, hasta sobre el aparcamiento de autos, allá afuera, parecían extenderse unas curiosas imágenes residuales, partes de la anatomía de ella. Por primera vez sentí que no era imposible estar despierto durante las ausencias. Un mundo fantástico, el cambio espacial percibido con independencia del tiempo.

Excitado por todo esto, salí hacia la clínica, ansiando hacer algunas pruebas en la cámara perimetral. Pero después de haber andado poco más de un kilómetro debo haber salido de la carretera, pues me encontré en el aparcamiento de un hipermercado abandonado, rodeado por una multitud de rostros que me miraban. En realidad eran maniquíes como los que se ven en las tiendas. De pronto se oyó una andanada de disparos, y volaron por todas partes brazos y cabezas de fibra de vidrio. Slade jugando de nuevo, esta vez con una ametralladora instalada en el techo del hipermercado. Seguramente me había visto allí desamparado y me había puesto los maniquíes alrededor. La gente intemporal, los únicos miembros del *homo sapiens* cuando todos nos hayamos ido, esperando aquí con sonrisas idiotas el primer visitante estelar.

¿Cómo hace Slade para reprimir las ausencias? ¿La violencia, lo mismo que la pornografía, será algo así como una especie de sistema de apoyo evolucionario, un último recurso para introducir un nuevo naipe en el juego? La preferencia generalizada por la pornografía significa que la naturaleza nos está alertando acerca de alguna amenaza de extinción. Entre paréntesis, sigo pensando en Ursula… *Total de tiempo perdido:* 8 horas 17 minutos.

Julio 15

Debo salir más a menudo de este motel. Como curioso producto lateral de las ausencias, estoy perdiendo todo sentido de la urgencia. Me he quedado aquí tres días sentado, mirando tranquilamente cómo se me escapaba el tiempo entre los dedos. Lo que casi me convence de que las ausencias son buenas, signo de que está a punto de producirse un inmenso salto biológico, provocado por los vuelos espaciales. O simplemente se trata de que tengo la mente paralizada por el miedo…

Esta mañana me obligué a salir a la luz del sol. Anduve despacio en auto por Las Vegas, buscando a Marion y pensando en los vínculos que existen entre el juego y el tiempo. Uno podría imaginar un mundo en el que la longitud de cada intervalo temporal dependiese del azar.

Tal vez los derrochadores que llegaban a Las Vegas andaban más cerca de la verdad de lo que creían. El "tiempo de reloj" es un invento neuropsicológico, una vara de medir limitada al *homo sapiens*. El viejo perro perdiguero del geólogo que vive en la puerta de al lado tiene obviamente un sentido del tiempo diferente, lo mismo que las cigarras de la orilla de la piscina. Hasta los materiales de mi cuerpo y los niveles inferiores de mi cerebro tienen un sentido del tiempo muy diferente del que tiene mi corteza cerebral, ese huésped no invitado que llevo dentro del cráneo.

¿Simultaneidad? Es posible imaginar que todo ocurre al mismo tiempo, que todos los acontecimientos "pasados" y "futuros" que constituyen el universo tienen lugar a la vez. Quizá nuestro sentido del tiempo sea una

estructura mental primitiva que heredamos de nuestros menos inteligentes antepasados. Para el hombre prehistórico la invención del tiempo (un brillante salto conceptual) fue una manera de clasificar y almacenar la inmensa catarata de acontecimientos que le había abierto su cerebro incipiente. Como a un perro que entierra un hueso grande, la invención del tiempo le permitió postergar el reconocimiento de un sistema de acontecimientos tan grande que no lo podría entender de un solo bocado.

Si el tiempo es una estructura mental primitiva que hemos heredado, deberíamos recibir con alegría su atrofia, abrazar las ausencias… *Total de tiempo perdido:* 9 horas 15 minutos.

Julio 25

Todo anda cada vez más despacio, tengo que hacer un esfuerzo para acordarme de comer y de ducharme. Es bastante agradable, no siento miedo aunque me quedan sólo seis o siete horas de tiempo consciente por día. Marion va y viene, literalmente no tenemos tiempo para conversar. Un día pasa con la rapidez de una tarde. Durante el almuerzo miraba un álbum fotográfico de mi madre y mi padre, y un retrato formal de bodas de Marion y yo, y de pronto fue de noche. Siento una extraña nostalgia por los amigos de la infancia, como si fuera a verlos por primera vez, una premonición del pasado. Veo cómo el pasado cobra vida en el polvo del balcón, en las hojas secas del fondo de la piscina, parte de un inmenso granero de tiempo pasado cuyas puertas podemos abrir con la llave indicada. Nada es más viejo que lo muy nuevo: un bebé al nacer, mientras le está saliendo la cabeza del cuerpo de la madre, tiene los rasgos lisos, gastados por el tiempo, de un faraón. Todo el proceso de la vida consiste en descubrir el pasado inmanente contenido en el presente.

Al mismo tiempo siento una creciente nostalgia por el futuro, un recuerdo del futuro que ya he vivido pero que de algún modo he olvidado. En nuestras vidas tratamos de repetir esos acontecimientos significativos que ya han ocurrido en el futuro. Al envejecer sentimos

cada vez más nostalgia de nuestras propias muertes, por las que ya hemos pasado. Del mismo modo, tenemos una premonición cada vez más fuerte de nuestros nacimientos, que están a punto de producirse. En cualquier momento podemos nacer por primera vez. *Total de tiempo perdido:* 10 horas 5 minutos.

Julio 29

Slade ha estado aquí. Sospecho que ha andado entrando al departamento mientras yo sufría las ausencias. Esta mañana tuve un misterioso recuerdo de alguien en el dormitorio: cuando salí de la ausencia de las 11 había una curiosa imagen residual, casi una presencia pentecostal, una mancha vagamente biomorfa que flotaba en el aire como una fotografía tomada con la cámara perimetral. Habían sacado mi pistola del cajón de la mesa del tocador y la habían puesto sobre mi almohada. Hay un pequeño diagrama dibujado con pintura blanca en el dorso de mi mano izquierda. Una especie de imagen críptica, una clave geométrica.

Slade ¿habrá estado leyendo mi diario? Esta tarde alguien pintó el mismo dibujo en el piso inclinado de la piscina y en la grava del aparcamiento de autos. Tal vez todo eso forme parte de los juegos serios que Slade practica con el tiempo y el espacio. Está tratando de reanimarme, de obligarme a salir del departamento, pero las ausencias no me dejan más de dos horas seguidas de tiempo consciente. No soy el único afectado. Las Vegas está casi desierta, nadie sale de su casa. El viejo geólogo y su mujer se pasan todo el día sentados en el dormitorio, en sendas sillas de respaldo recto colocadas a los lados de la cama. Les di una inyección de vitaminas, pero están tan delgados que no durarán mucho más. La policía y los servicios de ambulancias no contestan. Marion ha salido otra vez, a recorrer los hoteles del Strip en busca de señales de Slade. Sin duda piensa que sólo él puede salvarla. *Total de tiempo perdido:* 12 horas 35 minutos.

Agosto 12

Rachel Vaisey vino a verme hoy, preocupada por mí y frustrada por no encontrar aquí a Marion. La clínica ha cerrado, y ella está a punto de irse al este. Extraña pantomima, caminamos tiesamente durante diez minutos. Estaba evidentemente desconcertada por mi aspecto tranquilo, a pesar de la barba y de los pantalones manchados de café, y no dejaba de mirar el dibujo blanco que yo tenía en la mano y las figuras similares que había en el cielo raso del dormitorio, en el aparcamiento de coches allá afuera y hasta en una parte de un pequeño edificio de departamentos a medio kilómetro de distancia. Ahora soy el foco de un inmenso enigma geométrico que irradia de mi mano izquierda, sale por la ventana abierta y se extiende sobre Las Vegas y el desierto.

Sentí alivio cuando ella se fue. El tiempo común —llamado "tiempo real"- parece ahora totalmente irreal. Con su existencia discreta, su conciencia puntillosa, Rachel me recordaba una figura animada de un cuadro del Hombre Temporal en un museo antropológico del futuro. A pesar de eso, cuesta ser demasiado optimista. Ojalá estuviera aquí Marion. *Total de tiempo perdido:* 15 horas 7 minutos.

Agosto 21

Ahora sólo quedan unos pocos lapsos de conciencia que apenas duran una hora como mucho. El tiempo parece continuo, pero los días pasan en un borrón de amaneceres y crepúsculos. Como casi sin pausa para no morirme de hambre. Sólo espero que Marion pueda cuidarse sola, aparentemente no ha andado por aquí durante semanas…

…la pluma chasqueó en la mano de Franklin. Cuando despertó se encontró caído sobre el diario. En la alfombra, alrededor de sus pies, había hojas arrancadas. Durante su ausencia de dos horas había tenido lugar allí una lucha violenta, sus libros estaban desparramados alrededor de una lámpara volcada, había marcas de tacos en la ceniza de cigarrillo que cubría la alfombra. Franklin se palpó los hombros lastimados. Alguien lo había agarrado mientras él estaba allí sumido en una ausencia, y tratando de hacerlo revivir le había arrancado el reloj de la muñeca.

Del cielo llegó un ruido conocido. El motor de un avión liviano martilleó por encima de los edificios más cercanos. Franklin se levantó, protegiéndose los ojos del vívido aire del balcón. Miró

cómo el avión describía un círculo por encima de las calles próximas y luego apuntaba hacia él. De la hélice caían gotas de luz derretida que salpicaban el motel con platino líquido, una tintura retiniana que convertía en plata el polvo de la calle.

El avión pasó por delante de donde él estaba, rumbo al norte de Las Vegas, y vio que Slade había reclutado un pasajero. Detrás del piloto desnudo, rodeándole la cintura con las manos, iba sentada una mujer rubia vestida con un andrajoso abrigo de piel. La mujer miró a Franklin con cara de soñadora asustada.

El avión microliviano se alejó y Franklin regresó al cuarto de baño. Juntó coraje y miró la figura cetrina y barbuda que había en el espejo, un fantasma de sí mismo. Partes de su mente ya emigraban hacia la apacible geometría de las paredes del cuarto de baño. Pero por lo menos Marion estaba todavía viva. ¿Habría tratado de interceder mientras Slade lo atacaba? Se percibía en el aire la débil imagen de una mujer herida…

Las Vegas estaba desierta. De vez en cuando, mientras iba en el auto, veía una cara gris asomada a una ventana, o una manta colocada sobre dos pares de rodillas en un balcón. Todos los relojes se habían detenido, y si no fuera por el que llevaba en la muñeca ya no podría enterarse de cuánto habían durado las ausencias, o en qué momento empezaría la siguiente.

Conduciendo a la prudente velocidad de quince kilómetros por hora, Franklin se detenía cada siete u ocho kilómetros y esperaba hasta que se descubría allí sentado con el motor frío. El dial de la temperatura era ahora su reloj. Llegó a la base aérea casi al mediodía. La clínica estaba en silencio, el sitio de aparcamiento vacío. A través de las borrosas líneas demarcatorias crecían las malezas, una vacía hoja de informes abandonada por esos desdichados psiquiatras y sus ahora desaparecidos pacientes. Franklin entró en el edificio y caminó por las salas y los laboratorios desiertos. El equipo de los colegas había sido despachado, pero cuando abrió la puerta de su propio laboratorio descubrió las cajas de mudanza donde las había dejado.

Delante de la cámara perimetral, sobre el disco giratorio, había un colchón de goma. Al lado, un cenicero desbordado de colillas que habían quemado las planchas de madera.

Era evidente que Slade había empleado su talento en un tipo especial de fotografía: la pornografía circular. Detrás de la cámara se veía una galería de inmensas copias fotográficas clavadas a las paredes. Esos extraños paisajes parecían imágenes aéreas de un desierto convulsionado por una serie de terremotos titánicos, como

si una era geológica estuviese pariendo otra nueva. Surcaban las fotos zanjas y grietas alargadas; los contornos eran muy parecidos a los que habían subsistido en el departamento después de las duchas de Marion.

Pero una segunda geometría cubría la primera, una musculatura curtida y agresiva que él había visto sostenida por el viento. El avión estaba aparcado delante de la ventana, la cabina y el asiento del pasajero vacíos a la luz del sol. Detrás del escritorio de la oficina de Franklin estaba sentado un hombre desnudo, los anteojos de volar sobre la frente. Mientras lo miraba, Franklin entendió por qué Slade había aparecido siempre desnudo.

—Entre, doctor. Dios es testigo de todo lo que ha tardado usted en llegar aquí.

Slade sopesó en una mano el reloj de pulsera de Franklin, evidentemente decepcionado por la figura andrajosa que tenía delante. Había sacado el cajón central del escritorio, y jugaba con el altar de Franklin. A los objetos originales Slade había agregado una pequeña pistola cromada. Descartó el reloj de pulsera y lo arrojó en el cesto de los papeles.

—No creo que eso siga siendo verdaderamente parte de usted. Usted es un hombre sin tiempo. Me he mudado a su oficina, Franklin. Véala como mi centro de control de misiones.

—Slade… —De pronto Franklin sintió náuseas, el aviso de que estaba a punto de embestirlo la siguiente ausencia. El aire pareció cerrarse a su alrededor. Sosteniéndose con las manos del marco de la puerta, resistió la tentación de abalanzarse sobre el cesto de los papeles.— Marion está aquí con usted. Necesito verla.

—Pues véala… —Slade señaló las fotografías perimetrales.-Estoy seguro de que la reconoce, Franklin. La ha usado durante los últimos diez años. Por eso ha entrado usted en la NASA. Usted ha estado hurtando de la misma manera a su mujer y a la agencia, robando las piezas para su máquina espacial. Hasta yo le he ayudado.

—¿Ayudado…? Marion me contó que…

—¡Franklin!

Slade se levantó furioso, haciendo caer la pistola cromada al suelo. Se pasó las manos con torpeza por las costillas cubiertas de cicatrices, como si se estuviera obligando a respirar. Mientras lo miraba, Franklin llegó casi a creer que Slade había contenido las ausencias mediante un simple esfuerzo de voluntad, una ira sostenida contra las mismísimas dimensiones del tiempo y el

espacio.

—Esta vez, doctor, no podrá usted atarme a la tierra. ¡Si no fuera por usted habría caminado por la luna!

Franklin miraba la pistola tirada al lado de sus pies, sin saber cómo calmar a ese maníaco.

—Slade, si no fuera por mí usted estaría como los demás. Si hubiera volado con las tripulaciones espaciales estaría como Trippett.

—Estoy como Trippett. —Tranquilo de nuevo, Slade se acercó a la ventana y miró hacia las pistas de aterrizaje vacías.— Me llevo al viejo, Franklin. Irá conmigo al sol. Es una pena que usted no venga. Pero no se preocupe, ya encontrará la manera de salir de las ausencias. Cuento con eso, en realidad.

Fue del otro lado del escritorio y levantó la pistola del suelo. Mientras Franklin se ladeaba, Slade le tocó la frente cada vez más fría con el arma.

—Voy a matarlo, Franklin. No ahora sino al final, cuando entremos en esa última ausencia. Trippett y yo estaremos viajando al sol, y usted… usted morirá para siempre.

Pasaron quince minutos, a lo sumo, antes de la siguiente ausencia. Slade había desaparecido, llevándose el avión al cielo. Franklin miró el laboratorio silencioso, escuchando el aire vacío. Recogió el reloj de pulsera del cesto de los papeles y salió. Cuando llegó al aparcamiento, buscando su coche entre el laberinto de líneas diagonales, el paisaje desértico que rodeaba la base aérea se parecía a las fotografías perimetrales de Marion y Slade. Las colinas ondeaban y resplandecían, ecos excitados de ese singular acto sexual, remedando cada caricia.

El sol ya le estaba evaporando la humedad del cuerpo. Le picaba la piel, en un ataque de urticaria. Salió de la clínica y atravesó en auto el pueblo, aminorando la velocidad para esquivar al propietario de la gasolinera, la mujer y el hijo, que estaban en el centro de la carretera. Miraban como ciegos hacia la bruma, como quien espera el último coche del mundo.

Partió hacia Las Vegas, tratando de no mirar las colinas circundantes. Las barrancas se acariciaban unas a otras, las torres de piedra ondulaban como si la propia tierra estuviese en el lecho nupcial. Exacerbado por su propia transpiración y por las exudantes colinas, Franklin apuró el acelerador, llevando la velocidad del auto a sesenta kilómetros por hora. Todo el mundo mineral parecía resuelto a vengarse de él. La luz que salía de las vetas de cuarzo

expuestas y de los oxidados cuencos de radar instalados en las cimas de las colinas le apuñalaban las retinas. Franklin clavó los ojos en la línea divisoria de la carretera, que cada vez se perdía a mayor velocidad entre las ruedas del auto, soñando con Las Vegas, esa polvorienta Samarkanda.

Entonces el tiempo, delante de sus ojos, volvió a dar un paso al costado.

Al despertar se encontró tendido bajo el tapizado roto del techo interior del auto volcado, asomando las piernas por el parabrisas destrozado. Quebradas las cerraduras, las puertas abiertas colgaban sobre su cuerpo en una nube de polvo perezoso. Franklin apartó los asientos arrancados que le habían caído encima y salió del auto. Del radiador fracturado salía una débil columna de vapor, y las últimas gotas del refrigerante se derramaban en la alcantarilla del viejo sistema de irrigación donde había caído el auto. El líquido azul formó un pequeño charco y, mientras lo miraba, se hundió en la arena.

En el cielo, sobre su cabeza, giraba una cometa solitaria, pero el paisaje estaba vacío. A menos de un kilómetro de distancia se extendía la cinta alquitranada de la carretera. Al sufrir él la ausencia el coche se había salido de la ruta, describiendo un amplio círculo entre los matorrales y volcando al saltar sobre la primera zanja de irrigación. Franklin se limpió la arena del rostro y de la barba. Había estado inconsciente durante casi dos horas, en parte a causa del golpe y en parte a causa de la ausencia, y la luz áspera del mediodía había echado a todas las sombras de la tierra arenosa. Los suburbios del norte de Las Vegas estaban a quince kilómetros de distancia, demasiado lejos para ir caminando, pero las cúpulas blancas de Soleri II se alzaban al pie de las montañas al oeste de la carretera, a poco más de tres kilómetros del otro lado del desierto. La luz del sol tocó uno de los cuencos inclinados, y vio el parpadeo metálico de los espejos solares.

Aturdido todavía por el choque, Franklin dio la espalda a la carretera y echó a andar por la calzada entre las zanjas de irrigación. Había avanzado sólo cien metros cuando se hundió hasta las rodillas. La arena se licuaba alrededor de sus pies, le chupaba los zapatos como si ansiara arrancarle las ropas de la espalda y exponerlo al sol.

Entreteniéndose en un juego personal con Franklin, el sol cambiaba de lugar en el cielo. Las ausencias se presentaban ahora a intervalos de quince minutos. Se encontró apoyado contra una oxidada bomba de agua. Del suelo olvidado brotaban unas tuberías enormes. Su propia sombra se escondía detrás de él, refugiándose

bajo sus talones. Franklin rechazó con un ademán la cometa que giraba allá arriba. No le resultaba nada difícil imaginar al pájaro posado en su hombro y merendándole los ojos mientras él estaba perdido en una ausencia. Le quedaban todavía casi dos kilómetros para llegar a los espejos solares, pero la luz potente le hería las retinas. Si pudiera llegar a la torre, subir algunos escalones y hacer señas con un trozo de vidrio, tal vez alguien…

…el sol trataba otra vez de engañarlo. Más confiada ahora, su sombra había salido de abajo de sus talones y resbalado con suavidad por el suelo pedregoso, sin temer a ese vacilante espantapájaros que vivía cada paso como una ordalía. Franklin se sentó en el polvo. Se tendió de costado y se palpó las ampollas de los párpados, bolsas de linfa que casi le habían cerrado las órbitas. Unas ausencias más y moriría allí mismo, perdería simultáneamente la sangre, la vida y el tiempo.

Se levantó y buscó el equilibrio contra el aire. Las montañas ondulaban a su alrededor, todos los cuerpos de mujer que había conocido copulando y concibiendo juntos ese mundo mineral a donde él iría a morir.

A trescientos metros de distancia, entre él y los espejos solares, una palmera solitaria inclinaba su verde parasol. Franklin se adelantó con cautela a través de la extraña luz, nervioso ante ese espejismo. Mientras avanzaba apareció una segunda palmera, luego una tercera y una cuarta. Había un resplandor de aguas azules, la tranquila superficie del charco de un oasis.

Su cuerpo se había entregado, los pesados brazos y piernas que le salían del tronco se habían metido en la ausencia siguiente. Pero su mente había luchado hasta liberarse dentro del cráneo. Franklin sabía que aunque ese oasis fuese un espejismo, era un espejismo que él podía ver, y que por primera vez estaba consciente durante una ausencia. Se impulsaba por ese suelo arenoso como quien maneja un autómata torpe, un sonámbulo a medio despertar que se aferraba al charco azul que tenía delante de los ojos. Habían aparecido más árboles, bosquecillos de palmeras que bajaban las frondas hasta la superficie vítrea de un lago serpentino.

Franklin avanzó cojeando, sin prestar atención a las dos cometas que flotaban en el cielo sobre su cabeza. El aire estaba henchido de luz, a su alrededor se apiñaba un diluvio de fotones. Apareció una tercera cometa, a la que se agregaron casi instantáneamente media docena más.

Pero Franklin miraba el valle verde que se extendía allí delante, el bosque de palmeras que daba sombra a un archipiélago

de lagos y charcos alimentados por arroyos frescos que bajaban de las colinas circundantes. Todo parecía sereno y al mismo tiempo vívido, la tierra joven vista por primera vez, un sitio donde las dulces aguas calmarían y mitigarían los males de Franklin. Dentro de ese valle fértil todo se multiplicaba sin esfuerzo. Abrió los brazos y cayeron de ellos una docena de sombras, proyectadas por los doce soles que tenía sobre la cabeza.

Hacia el final, mientras intentaba por última vez llegar al lago, vio que se acercaba una joven caminando. Avanzaba entre las palmeras con ojos preocupados, ciñéndose la cintura con las manos, como quien busca a un niño o a un padre anciano que se ha extraviado en el desierto. Mientras Franklin le hacía señas con la mano apareció al lado de ella la hermana gemela, otra joven de rostro serio que caminaba con la misma cautela. Detrás de las dos aparecieron otras hermanas que caminaban entre las palmeras como escolares que acaban de salir de clase, concubinas de un pabellón refrescado por el lago. Franklin se arrodilló ante ellas y esperó a que esas mujeres lo encontrasen y lo sacasen del desierto y lo llevasen a los prados del valle.

El tiempo, en un fugaz acto de bondad, regresó a Franklin. Él estaba en una habitación abovedada, detrás de una galería oscurecida por un techo de vidrio. Por entre las rejas veía las torres y las terrazas de departamentos de Soleri II, cuya arquitectura de cemento se alzaba ante la luz como un hombro tranquilizador. Del otro lado de la plaza había un viejo sentado en una terraza. El viejo, aunque profundamente dormido, se mantenía alerta por dentro, y movía rítmicamente las manos dirigiendo con alegría una orquesta de piedras y matas de creosota.

Franklin se alegró de ver al viejo astronauta. Trippett se pasaba todo el día sentado en la silla, dirigiendo el desierto según un invisible repertorio de música. De vez en cuando sorbía un poco de agua que le llevaba Ursula, y luego volvía a su coloquio con el sol y con el polvo.

Vivían los tres solos en Soleri II, en esa vacía ciudad de un futuro sin tiempo. Sólo el reloj pulsera de Franklin y su incansable segundero los unía al mundo del pasado.

—Doctor Franklin ¿por qué no lo tira? —preguntó Ursula mientras le daba de comer en la boca la sopa que preparaba todas las mañanas en el hogar solar de la plaza—. Ya no lo necesita. No hay tiempo que medir.

—Lo sé, Ursula. Supongo que es una especie de vínculo, una línea telefónica abierta a un mundo que estamos abandonando. Por

las dudas…

Ursula le levantó la cabeza y le limpió la arena de la almohada. A la muchacha le quedaba ahora una sola hora diaria, y el trabajo doméstico tenía muy poca importancia en su vida. A pesar de eso, su cara ancha y su cuerpo abundante expresaban todos los mitos de la niña maternal. Había visto a Franklin vagando por el desierto mientras sufría una ausencia en la galería, en las primeras horas de la tarde.

—Lamento no haberlo encontrado, doctor. Había cientos de usted, el desierto estaba cubierto de moribundos, una especie de ejército perdido. No supe a cuál escoger.

—Me alegro de que hayas venido, Ursula. Te vi como una multitud de escolares soñadoras. Hay tanto que aprender…

—Usted puso las cosas en marcha, doctor. Lo supe hace meses, cuando trajimos aquí a papá en auto. Hay tiempo suficiente.

Los dos rieron, mientras del otro lado de la plaza el viejo dirigía las arenas orquestales. Tiempo suficiente, cuando de lo que más deseaban escapar era del tiempo. Franklin tomó a la joven de la muñeca y le midió el pulso sereno, esperando impaciente la siguiente ausencia. Miró hacia el valle árido que se extendía allá abajo, los espejos poblados de nubes de la granja solar y la torre tan oxidada como su crujiente cuenco colector. ¿Dónde estaban esos palmares y esos lagos mágicos, los dulces arroyos y los prados de donde habían salido las serias y hermosas mujeres para salvarlo del peligro? Todo eso había comenzado a regresar durante las ausencias posteriores a su recuperación, pero no tan vívidamente como cuando lo había visto desde el suelo del desierto en las horas posteriores al accidente. Sin embargo, cada ausencia le había permitido vislumbrar ese mundo verdadero, y los arroyos volvían a correr y a llenar los lagos.

Desde luego, Ursula y el padre veían cómo florecía el valle: una selva tan densa y tan vívida como la del Amazonas.

—Ursula, ¿tú ves los árboles, los mismos que vio tu padre?

—Los veo a todos, y también veo millones de flores. Nevada es ahora un jardín maravilloso. Nuestros ojos están haciendo florecer todo el estado. Una flor hace florecer el desierto.

—Y un árbol se convierte en una selva, y una gota de agua en todo un lago. El tiempo nos quitó todo eso, Ursula, aunque durante un breve período los primeros hombres y mujeres tal vez vieron el mundo como un paraíso. ¿Cuándo aprendiste a ver?

—Cuando traje aquí a mi padre, después que cerraron la

clínica. Pero todo empezó cuando veníamos en el auto. Luego volvimos a donde están los espejos. Me ayudaron a abrir los ojos. Papá ya los tenía abiertos.

—Los espejos solares… yo también tendría que haber vuelto allí.

—Slade lo esperó, doctor. Lo esperó durante meses. Ahora a él casi se le ha acabado el tiempo: creo que sólo le alcanza para un vuelo más. —Ursula limpió la arena de la sábana. A pesar de la llamarada amazónica durante las ausencias, entraban en el departamento nubes de polvo, arenoso recuerdo de un mundo diferente. La muchacha escuchó el viento silencioso.— No importa, doctor, hay tantas puertas. Para nosotros fueron los espejos, para usted fue esa extraña cámara y el cuerpo de su mujer durante el acto sexual.

Ursula se calló, y miró la galería con ojos repentinamente vacíos de tiempo. Tenía la mano abierta, y dejaba caer la arena entre los dedos separados como un niño que trata de atrapar el aire brillante. Sonriendo a todo lo que la rodeaba, intentó hablar con Franklin, pero los sonidos que emitía se parecían a los gorjeos de un bebé.

Franklin le tomó las manos frías, contento de estar con ella durante la ausencia. Le gustaba oír esos murmullos. El llamado "lenguaje articulado" era un artefacto del tiempo. Pero el bebé que balbuceaba, y esa joven, hablaban con la lucidez de lo intemporal, la misma lucidez que otros trataban de alcanzar mediante el delirio o el daño cerebral. Los bebés, en su media lengua, les hablaban a las madres de ese reino de maravillas del que acababan de ser expulsados. Ansioso por entender a Ursula, la alentaba. Pronto entrarían juntos en la luz, en esa última ausencia que los libraría del mundo de las apariencias.

Esperó a que las agujas se multiplicasen en la esfera de su reloj, segura señal de la próxima ausencia. En el mundo verdadero, fuera del reloj, la simultaneidad sustituía al tiempo consecutivo. El ojo, como una cámara con el obturador indefinidamente abierto, percibía un objeto en movimiento como una serie de imágenes separadas. La figura de Ursula caminando mientras buscaba a Franklin había dejado atrás un ciento de réplicas de ella misma, había sembrado el aire con una multitud de gemelas idénticas. Vistas desde el coche en movimiento, las pocas palmeras deshilachadas de la orilla de la carretera se habían multiplicado sobre la pantalla de la mente de Trippett, la misma selva de palmeras que Franklin había percibido al atravesar el desierto. Los lagos habían sido las imágenes multiplicadas del agua de aquella

tibia piscina de motel, y los arroyos azules eran el refrigerante de motor que salía del radiador de su coche volcado.

Durante los días siguientes, después que dejó la cama y empezó a moverse por el departamento, Franklin abrazó las ausencias con alegría. Cada día perdía otros dos o tres minutos. En unas pocas semanas el tiempo dejaría de existir. Pero ahora se mantenía despierto durante las ausencias, y podía explorar ese suburbio vacío de la ciudad radiante. Lo había liberado el sueño ambiguo que lo había sustentado durante tanto tiempo, la visión de su mujer con Slade, luego copulando con las colinas circundantes en esa última infidelidad con el reino mineral y hasta con el tiempo y el espacio.

Por las mañanas miraba cómo se bañaba Ursula en la plaza, debajo de su balcón. Mientras ella se paseaba alrededor de la fuente, secándose bajo una docena de soles, Soleri II parecía colmada de mujeres desnudas que se bañaban en una ciudad de cascadas, un harén que superaba todas las fantasías infantiles de Franklin.

Al mediodía, durante unos pocos minutos finales de tiempo, Franklin se miró en el espejo del armario. Lo perturbó la continua presencia de su cuerpo, los brazos y las piernas como varas, una colección de huesos descartados al pie del reloj. Al comenzar la ausencia, alzó los brazos y llenó la habitación de réplicas de sí mismo, una procesión de hombres alados, todos vestidos con sus armaduras de coronación. Libre del tiempo, la luz se fortaleció y le cubrió la piel con láminas y láminas de oro. Confiado, sabía ahora que la muerte era nada más que una falla del tiempo, y que si moría sería sólo de una manera pequeña e insignificante. Mucho antes de que muriesen, él y Ursula se convertirían en los habitantes del sol.

Era el último día del tiempo pasado, y el primer día de la eternidad.

Franklin despertó en la habitación blanca sintiendo en los hombros los golpes de Ursula. La muchacha exhausta estaba tendida sobre su pecho, sollozando con la cara apoyada en los puños. Levantó el reloj pulsera de Franklin y lo apretó contra la frente de él.

—…despierte, doctor. Vuelva aunque sea una vez…

—Ursula, me estás cortando…

—¡Doctor! —Aliviada de verlo despierto, la muchacha se estregó las lágrimas de la frente.— Es papá, doctor.

—¿El viejo? ¿Qué pasa? ¿Ha muerto?

—No, no muere. —Ursula sacudió la cabeza y luego señaló

hacia la terraza vacía del otro lado de la plaza.— Ha estado aquí Slade. ¡Se ha llevado a papá!

La muchacha se inclinó contra el espejo mientras Franklin se vestía y, tambaleante, buscaba un sombrero para protegerse del sol, escuchando el ruidoso motor del avión microliviano de Slade. El aparato estaba detenido en el camino de mantenimiento cerca de la granja solar, y la luz reflejada por la hélice llenaba el aire de cuchillos. Desde su llegada a Soleri Franklin no había visto nunca a Slade, y esperaba que se hubiese ido llevándose a Marion. Ahora el ruido y la violencia del motor destrozaban el nuevo mundo que había construido con tanto cuidado. En sólo unas pocas horas él y Ursula escaparían del tiempo para siempre.

Franklin se apoyó en el borde del lavatorio, sin poder reconocer la figura monástica que lo miraba fijamente desde el espejo. Ya se sentía agotado por el esfuerzo de enfrentar ese pequeño segmento de tiempo consciente, un adulto obligado a entretenerse con un frenético juego infantil. Durante las últimas tres semanas el tiempo se le había estado reduciendo con rapidez creciente. Todo lo que quedaba era un único y breve período de unos pocos minutos diarios, útil solamente para alimentarse él y la muchacha. Ursula había perdido interés en cocinar para ellos, y se dedicaba a pasear por las galerías y las terrazas de la ciudad, profundamente sumida en sus ausencias.

Consciente de que ambos perecerían si él no vencía las ausencias, Franklin se obligaba a meterse en la cocina. En las tardes cálidas el vapor que salía de la sopera pronto transformaba la ciudad solar en una isla de nubes. Poco a poco le enseñaba a Ursula a comer, a conversar y a responderle incluso durante las ausencias. Había un nuevo idioma que aprender, oraciones cuyos sustantivos y verbos estaban separados por días, sílabas donde las vocales eran señaladas por las fases del sol y de la luna. Ése era un idioma ajeno al tiempo, a cuya gramática daban forma los pechos de Ursula que él sostenía en las manos, la geometría del departamento. El ángulo entre dos paredes se convertía en un mito homérico. Él y Ursula se comunicaban por balbuceos, amantes que conversaban entre los tránsitos lunares en el idioma de los pájaros, de los lobos y de las ballenas. Desde el principio, la relación sexual de ellos había alejado todos los temores de Franklin. La amplia figura de Ursula se puso a prueba finalmente en las ausencias. La naturaleza la había preparado para un mundo sin tiempo, y él descansaba entre esos pechos como Trippett cuando dormía en sus propios prados.

Ahora estaba de vuelta en un reino de luz áspera y perspectivas rígidas, el reloj de pulsera en la mano, la marca de ese

reloj en la frente.

—Ursula, trata de no seguirme.

En la entrada de la ciudad, la tranquilizó contra el pórtico, frotándole en las manos cada vez más frías unos segundos adicionales. Si los dos salían al desierto, pronto sucumbirían bajo el calor de aquel sol colérico y solitario. Como todas las cosas, el sol necesitaba sus acompañantes, necesitaba deshacerse del tiempo…

Cuando Franklin comenzaba a atravesar el desierto, el motor del avión microliviano comenzó a barrenar el aire con toda su potencia, se ahogó y tartamudeó hasta enmudecer. Slade bajó de la cabina, sin mostrar interés en la proximidad de Franklin. Seguía desnudo, excepto por los anteojos, y tenía la piel blanca cubierta de cardenales y llagas producidas por el sol, como si el propio tiempo fuese una plaga contagiosa de la que ahora intentaba escapar. Hizo girar la hélice, gritándole al motor ahogado. Sujeto al asiento del pasajero había un viejo canoso, un espantapájaros metido dentro de una chaqueta de aviador demasiado grande. Evidentemente sin ver el vívido relámpago de la hélice, Trippett subía y bajaba las manos, un prestidigitador que manipulaba trozos de luz y de aire.

—¡Slade! ¡Suelte al viejo!

Franklin corrió hacia el sol. Su próxima ausencia comenzaría en unos minutos, dejándolo expuesto a la hipnótica violencia de la hélice de Slade. Cayó de rodillas contra el espejo más cercano mientras el motor arrancaba con estruendo.

Satisfecho, Slade se apartó de la hélice, sonriéndole al viejo astronauta. Trippett se inclinó en el asiento, ansiando que comenzase el vuelo. Slade le palmeó la cabeza, y luego estudió el paisaje circundante. En su rostro enjuto había por primera vez una expresión serena, como si él aceptase ahora la lógica del aire y de la luz, de la hélice vibrante y el viejo feliz que llevaba en el asiento del pasajero. Mientras lo miraba, Franklin supo que Slade estaba retrasando el vuelo hasta último momento, para que él despegase rumbo a su propia ausencia. Cuando volasen hacia el sol, él y el viejo astronauta regresarían al espacio en su eterno viaje a las estrellas.

—¡Slade, queremos que el viejo se quede aquí! ¡Usted no lo necesita ahora!

Slade arrugó el ceño al oír el grito de Franklin, esa voz ronca que salía de los espejos vacíos. Se alejó de la cabina y rozó el ala de estribor con el hombro quemado por el sol. Retrocedió, y se le cayó en la arena la pistola cromada.

Antes de que pudiese recogerla, Franklin se levantó y corrió entre las hileras de espejos. Vio allá arriba su propio reflejo en el cuenco colector, un inválido tambaleante que acababa de robar el cielo. Hasta Trippett lo había advertido, y retozaba en el asiento, alentando a ese equilibrista lunático. Franklin llegó al último de los espejos, pasó a horcajadas por encima de la plancha metálica y caminó hacia Slade limpiándose el polvo de los pantalones.

—Ha llegado tarde, doctor. —Slade sacudió la cabeza, impaciente con el aspecto de abandono que mostraba Franklin.— Toda una vida tarde. Vamos a partir ahora mismo.

—Deje a Trippett… —Franklin trató de hablar, pero se le trababa la lengua.— Yo ocuparé su lugar…

—No estoy de acuerdo, doctor. Además, anda por ahí Marion. —Señaló hacia el desierto.— La dejé en las pistas para usted.

Franklin se tambaleó en el aire cada vez más brillante. Trippett seguía dirigiendo la hélice, impaciente por unirse al cielo. Las sombras se duplicaban saliendo de los talones de Slade. Franklin se apretó la herida de la frente, obligándose a permanecer en el tiempo lo suficiente como para llegar al avión. Pero ya estaba comenzando la ausencia, la luz barnizaba todo lo que lo rodeaba. Slade era un ángel desnudo, sujeto al vidrio coloreado del aire.

—¿Doctor? Conseguí salvar… —Slade lo llamó por señas, y el brazo se fabricó una réplica alada. Mientras caminaba hacia Franklin su cuerpo comenzó a desarmarse. Unos ojos aislados miraban a Franklin, unas bocas gesticulaban en la luz vívida. Las pistolas plateadas se multiplicaban.

Como libélulas, flotaron en el aire alrededor de Franklin hasta mucho después de haberse elevado el avión en el cielo.

El cielo se llenó de hombres alados. Mientras Franklin andaba entre los espejos el avión se multiplicó en el aire y pobló el cielo de flotas interminables. Ursula se acercó a buscarlo, atravesando el desierto desde las puertas de la ciudad solar acompañada por todas sus hermanas. Franklin esperó a que ella llegase hasta donde estaba él, alegrándose de que hubiese aprendido a alimentarse. Sabía que pronto tendría que abandonarla a ella y a Soleri II, y partir en busca de su mujer. Contento ahora de haberse librado del tiempo, abrazó la gran ausencia. Toda la luz del universo había llegado allí para saludarlo, una inmensa congregación de partículas.

Franklin gozaba con la luz, como gozaría cuando regresase a la clínica. Después del largo viaje a pie a través del desierto, llegó finalmente a la base aérea vacía. Por las noches se sentaba en el techo, sobre las pistas, y recordaba su viaje en auto con el viejo

astronauta. Allí descansaba, aprendiendo el lenguaje de los pájaros, esperando a que su mujer saliese de las pistas y le llevase noticias del sol.

Título original: “News from the Sun”
Del libro Myths of the Near Future

Traducción de Marcial Souto

Espuma espaciotemporal

Eduardo J. Carletti



Si miramos un gráfico donde se represente la historia del Universo a partir de la gran explosión, veremos que en el extremo inicial, muy cerca del nacimiento mismo, aparece una “era” en la que reinaba la “Espuma Espaciotemporal”. ¿Qué es esto? Nos proponemos dar un vistazo breve a este ente de la Física, cuyo nombre suena tan extraño a nuestros oídos.

Estructura espumosa del espaciotiempo

Las estructuras más pequeñas que pronostica la física actual aparecen al nivel de la longitud llamada de Planck, que es de aproximadamente 1/100.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000 de metro (10^{-35}). Si bien la física no puede acceder a dimensiones tan extraordinariamente pequeñas a nivel experimental, algunos modelos teóricos sugieren que a escalas cercanas a la longitud de Planck se vuelve necesario modificar del todo los conceptos tradicionales de espacio y tiempo. Esta “zona” de Planck está caracterizada por la importancia que toma tanto la gravedad como la física cuántica. La teoría general de la relatividad de Einstein describe a la gravedad como una distorsión de la curvatura del espaciotiempo. Una de las características fundamentales de la gravedad en la mecánica cuántica es que las partículas y los campos pueden sufrir fluctuaciones espontáneas de naturaleza aleatoria. De modo que a escalas de longitud y tiempo de Plank, donde adquiere importancia esta faceta cuántica de la gravedad, aparecen fluctuaciones violentas en la curvatura del espaciotiempo. Incluso es casi seguro que a esta escala la topología del espaciotiempo sea muy compleja, y se encuentre llena de “túneles” y “puentes” horadados y tendidos sobre la mismísima realidad (es decir, el mismo

espaciotiempo, para ser más exactos en la terminología científica). Hay que remarcar, entonces, que el espaciotiempo, que a menudo se compara con una tela lisa sobre la que se dibuja la actividad de la naturaleza, quizá se parezca más a una estructura esponjosa o espumosa, visto a estas pequeñísimas escalas de longitud y tiempo. La superficie pulida y en apariencia sin quebraduras es en realidad una masa hirviente de espuma, un complicado laberinto de agujeros, túneles, burbujas y telas de araña, que se crean y destruyen en una actividad incesante. También se menciona otra imagen: un mundo diminuto compuesto por agujeros negros del tamaño de Plank, empaquetados uno junto a otro y "envueltos" como caramelos por el espaciotiempo. Una gran mistificación suele envolver el problema de qué constituye los "agujeros" del tejido. Después de todo, el espacio se supone vacío; luego, ¿cómo puede haber agujeros en algo que ya está vacío? Para responder a esta cuestión lo mejor es imaginar, en lugar de estos agujeros de escala infinitésima, agujeros del espaciotiempo lo bastante grandes para afectar a la experiencia cotidiana. Supongamos que hubiera un agujero espacial en medio de la Plaza del Congreso. Cualquier caminante despistado podría desaparecer súbitamente al encontrarse con este fenómeno, probablemente para nunca más volver. No podríamos decir que ha sido de él, porque las leyes de la naturaleza se limitan al universo, es decir, al espacio y al tiempo, y nada dicen de las regiones más allá de sus fronteras. De modo similar, no podemos predecir que puede salir de un agujero del tiempo, ni siquiera qué clase de luz. Si del agujero no puede surgir absolutamente nada, aparecerá simplemente como una mancha negra.

No hay ninguna razón especial para que nuestro universo esté o no esté infestado de agujeros e incluso de auténticos bordes. Hablando metafóricamente, Dios podría aplicar unas tijeras al espaciotiempo y despedazarlo. Si bien no hay pruebas de que esto haya sucedido a escala de la Plaza del Congreso, algo por el estilo puede haber ocurrido en el mundo de las longitudes y tiempos de Planck.

Marina del silencio

Santiago Oviedo

"¿Qué son esas lágrimas de vitriolo que corren por tus mejillas?", te escuchás decir. Entre todas las formas de morir elegiste la peor: seguir viviendo. Y ahí estás: experimentando la misma vieja sensación, con el ácido sulfúrico del llanto que te humedece el rostro y te quema hasta el corazón, que arde como el núcleo de un reactor atómico.

Estás al borde del acantilado, junto a las ruinas del faro derrumbado, y en la oscuridad adivinás la presencia de las olas espumosas de allá abajo, que suben y bajan eternamente. Que te llaman. Pero sabés que ésa no es ninguna solución, que hay muchos como vos en algún lado. Luchando o negociando. Pensando o pasando por la vida con el mismo grado de conciencia que el de una mota de polvo que cruza un rayo de luz que se filtra a través de los visillos de una persiana. Pero nunca rindiéndose.

Mirás hacia la bahía y ves las lenguas rojas que se alzan sobre Marina, como si el incendio que sufre tu interior se hubiera extendido por todo el universo. Al menos, por el tuyo. No podés verte, pero el resplandor llameante ilumina tu cara, que se distiende en una mueca que se confunde con una sonrisa. Por un instante te sentís menos solo. La Maldición de Marina no pesó únicamente sobre tus espaldas.

I

Marina era un pueblo de pescadores ideal para jubilados que huyeran de las ciudades salvajes, bronceados adoradores del Sol, típicas familias de clase media de vacaciones y artistejos esnobistas en la búsqueda de algo "salvaje" que les quitara el tedio de encima.

Afortunadamente, apenas si aparecía señalada en algunos mapas y gracias a eso no había perdido mucho de sus cualidades paradisíacas. Las pequeñas casitas blancas se distribuían sin orden ni concierto, casi anárquicamente, en el fondo de la bahía. O al menos eso parecía en un primer momento. En Marina había un orden secreto, cósmico, que comenzaba desde que se arribaba a ella por el poceado camino secundario al que nadie prestaba mucha

atención cuando lo dejaba atrás en su cruce con la ruta nacional.

Pero llegar a Marina tenía su premio: los botes embicados en la arena, las redes tendidas para que se secaran; todo estaba donde tenía que estar, junto con las casas, los escasos árboles de más allá de las dunas y las ruinas del viejo faro en lo alto de una de las puntas de la rada. Y la armonía de aquella combinación sólo podía ser percibida y apreciada cuando uno se despojaba de su conciencia previa y aceptaba todo como un recién nacido acepta al mundo. El secreto residía en darse cuenta de que, al estar en Marina, lo demás no existía. No había más allá; no había otro lugar. Sólo eran la playa, las gaviotas y el mar.

Eso lo descubrí la primera vez que llegué. Podría decir que lo hice por accidente, pero las casualidades no existen. Marina me llamaba aunque yo no lo supiera. Y ahí estaba: un escritor gastado que pensaba en el suicidio —aunque más no fuera literario— y que veía por primera vez cosas que valían la pena. Creo que estaba cansado de inventar mundos y situaciones. Allí era distinto: ver a un chico que buscaba caparazones de caracoles en la playa, a un viejo que limpiaba su lustrosa pipa; oler el aroma de la comida casera… Me sentí como una esponja que absorbiera vida —esa energía que uno consume permanentemente y que no sabe cómo recuperar— y volví varias veces, descubriendo algo nuevo en cada oportunidad. Fue así que pude presenciar esta historia, con la satisfacción de saber que no era una invención mía y con la desesperación de comprender al mismo tiempo que no podía influir en las actitudes de los protagonistas, siendo sólo un testigo. A veces, también, me encontré jugando el papel de actor involuntario.

El mejor regalo de ese lugar era el silencio. El viento, el mar, las gaviotas, eran parte de él. Incluso sus habitantes podrían haber hecho que los espartanos parecieran simples comadres charlatanas. Sus diálogos eran gestos rutinarios, cotidianos. Pero su silencio —a diferencia del de la naturaleza del entorno-estaba vacío. Sólo en vos había algo más, algo expectante. No se precisaba ser un genio para darse cuenta. De tu nombre de Osvaldo se decía —las pocas veces que se hablaba; entre susurros— que significaba “El heredero de Valdez”. Esa idea había surgido de la vez que pasaste frente al Niño Ramón, que gritó algo parecido. O, al menos, eso se sostenía; así como que lo había repetido al pronunciar la “Maldición de Marina”. Cada vez que escuchabas ese mote te estremecías.

Pero ése no es el asunto. La cuestión estaba en vos mismo. Pertenecías a Marina, mas no totalmente. Tenías el espíritu del poblado y al mismo tiempo eras diferente. Tu laconismo estaba lleno de interrogantes. Tu mirada delataba avidez no sólo de

conocimientos sino de verdades. Pero, ¿qué verdades están al alcance del hombre? Toda respuesta conlleva una nueva pregunta; toda pregunta exige una respuesta. Era algo que intuías y que producía esa atmósfera de épico patetismo resignado a tu alrededor. Si se está acostumbrado a algo, más vale no averiguar más, te dirías. Icaro cayó por su propia curiosidad. También Edipo perdió todo lo que tenía por su conocimiento. Pero sabías que el destino es inexorable e ignoto. Y lo aceptabas.

De nada te hubiera valido saber qué era lo que vendría. Igualmente te hubiera sorprendido. Siempre pasa así. De la misma forma, los habitantes de Marina sabían que el cumplimiento de la Maldición estaba próximo y que lo que una vez había comenzado debía concluir. Pero no podían hacer nada para evitarlo, ya que a veces —al intentarlo-sólo se agravan las consecuencias.

Todos esperaban en silencio. Como siempre. Pero sabías que sería algo mucho más importante para vos. Doloroso y supremo. Tan irreversible como el nacimiento o la muerte.

Esta es la historia de Marina según la contaba el viejo Vargas:

“En un principio sólo estaban el mar y la arena. No había gente ni ninguna casa. También estaban el faro y su guardián, en el extremo más alejado. Luego vinieron el tuerto Odilio y su hijo, el joven Valdez. Con ellos llegaron los hombres y se pusieron a construir Marina. Iba a ser la ciudad costera más importante, con altos edificios y lujosas avenidas. En aquel tiempo, sin embargo, sólo se levantaron los refugios de los obreros.

»El tuerto Odilio y el joven Valdez caminaban entre las dunas imaginando cómo se elevaría Marina con el esplendor que ya tenía en los planos. El viejo faro de la punta iluminaba el fondo de la bahía por las noches, donde todos soñaban el mismo sueño que los arquitectos.

»No obstante, la empresa se presentó difícil. Una multitud de arbustos se aferraba a las dunas y los primeros trabajos fueron de desmalezamiento. Pasó el tiempo. De lugares lejanos vinieron las mujeres que curaban las heridas que los instantes de ocio producían en los hombres. Pero todos se ponían a trabajar con ahínco cuando el tuerto Odilio los convocaba.

»Había un trabajador que descollaba entre todos. El loco Salinas se llamaba. Era el más hermoso, famoso por sus aventuras amorosas, aunque tenía el defecto de que le gustaba originar peleas. Por eso le decían el Loco. Pero era el operario más esforzado, el que

concluía las tareas más difíciles.

»También fue el que originó la tragedia.

»Nunca se supo si fue accidental o premeditado. Se hallaba hachando una zarza en la cima de una duna. Debajo estaba el joven Valdez. La zarza rodó por la pendiente, arrastrándolo hasta causarle la muerte. El Loco se rió como si hubiera sido una broma y luego se calló.

»Cuando el joven Valdez se desplomó, los hombres no supieron qué hacer, no atinaron a levantarlo. Se miraban unos a otros y todos comprendieron quién era el culpable. Pero el loco Salinas se había ido.

»Ninguno hallaba palabras para expresar su dolor. El tuerto Odilio no hizo nada, no dijo nada, pero sintió pena porque adivinó antes que los demás cuanto mal traería esa muerte. Cuando se recobraron, unos lo sepultaron envuelto en un bote salvavidas y otros partieron en persecución del loco Salinas. Mas no lo encontraron.

»Al día siguiente, el tuerto Odilio ya no estaba. Hubo quien sostuvo que se recluyó en el faro, pero también se dijo que fue en busca del Loco, hacia el oeste. Unos suponían que algún día volvería desde el mar; otros, que el que regresaría sería el loco Salinas.

»Todos se quedaron esperando y ya no hicieron nada para la edificación de Marina. Las barracas siguieron siendo chozas y los hombres se dedicaron a la pesca. Las mujeres ya no se fueron y el tiempo siguió su marcha. Un día el faro ya no se encendió y nadie averiguó por qué. Lentamente se fue desmoronando.

»Poca gente desde entonces se acercó a Marina y el camino que lleva hasta la ruta se fue echando a perder. Pero la de los que llegaron luego es otra historia; la de la fundación de Marina concluye aquí.”

II

El viejo Vargas podría haber tenido cien, quinientos años. Sus arrugas eran un mapa del tiempo con los accidentes topográficos marcados a fuego. Solía estar sentado en la galería de la cantina del Turco, tallando una eterna ramita con un cuchillo desafilado, contando historias a cambio de un vaso de vino —y tanto los moradores de Marina como los muy ocasionales pasajeros se lo pagaban; los primeros para que otro hablara por ellos y los otros

para enterarse de cosas que en realidad no les interesaban—, mascullando para sus adentros o buscando a Lucía una vez cada tanto. Era el personaje más locuaz de toda Marina. A veces se tornaba insoportable.

—Soy el más viejo —decía—; tengo la obligación de hablar. Todas las cosas inútiles que no se dicen de joven se pueden decir después. —Se reía. Su carcajeo cascado se confundía con el graznido de las gaviotas y se transformaba en tos.— Si en todos lados se dieran cuenta de eso, las cosas irían mejor. Marina se mantiene en pie gracias a eso. Nadie se sorprende de nada, nadie pregunta nada, y las cosas siguen como tienen que ser…

Marina —lo dije antes— era un agradable lugar para descansar, donde nadie molestaba con impertinencias y el silencio se podía masticar sazonado con el rugido de las olas y con las voces de las aves marinas. Pero en ese Nirvana a veces se entrometía el viejo Vargas. Algunos de sus relatos solían ser interesantes, especialmente los que se referían a los puntos más sobresalientes de Marina. Pero tener que escucharlo cuando se ponía a hablar por hablar, para llenar el mutismo de la aldea con lo que él llamaba su "empresa metafísica para el mantenimiento de Marina", era otra cosa. Le solía tender un trozo de pasta de tabaco, pero tenía la monstruosa virtud de poder seguir hablando mientras mascaba.

—…y las llamas descenderán de los Cielos como una granizada sangrienta y la…

Muy difícilmente hablaba de sí mismo. Resultaban sorprendentes, sin embargo, su lenguaje y actitudes, que no eran tan rústicos como cabía esperar.

Siempre que contaba sus relatos lloraba amargamente, sumergido en su soledad centenaria o en el sentimentalismo alcohólico. Era lo mismo; los habitantes de Marina nunca rompían su mutismo y lo escuchaban en silencio. ¡Quién sabe dónde se encontrará hoy, exiliado de su pueblito de pescadores! Lo único cierto es que carecerá de su corte de callados oyentes. En cualquier lugar que haya anclado no podrá recuperar lo que perdió en Marina. Todos hemos perdido algo con ella, y acaso para los ajenos lo peor haya sido el encontrarla alguna vez. Pero hay uno que es el que más perdió.

A Ramón, otro de los habitantes del lugar, en el mundo de afuera lo hubieran llamado autista. En Marina era el Niño Ramón o sencillamente el Niño. Tendría unos diez años aproximadamente; su madre era Lucía y al padre nadie lo conocía a ciencia cierta. Los relatos del viejo Vargas —historias en las que nadie decía creer, pero que todos conocían y escuchaban— sostenían que había sido

aquel curioso forastero sin nombre. Forastero; así se lo llamaba. Según las mentas, era la oveja negra de la estirpe de Caín: místico, creyente y piadoso. Despreciado por los suyos y por el mundo, habría arribado a Marina guiado por un demonio celeste —porque en el Paraíso también hay criaturas infernales— y habría engendrado al Niño en Lucía. Ella no lo negaba. Tampoco hubiera importado.

Por otra parte, el Niño Ramón había nacido libre del estigma de su padre —se afirmaba— gracias a la autoexpiación que realizó éste. Se decía que el Forastero estaba buscando constantemente su muerte, una puerta de salida de esa tortura que nadie conocía pero que todos suponían. Muchos lo habían visto arrojarse desde los acantilados, precipitarse en las aguas saturadas de escollos y ascender por las rocas dejando jirones de carne ensangrentada una y otra vez. Lo hubieran jurado todos los habitantes de Marina. Pero nadie lo creía.

Finalmente, un día el Forastero desapareció. Algunos aventuraban que había podido encontrar la muerte personal que lo libraba de las ajenas; otros, que se había internado en el mar, hacia el este. Estos últimos discutían acerca de si en definitiva había desaparecido o si había llegado a las costas de enfrente para proseguir con su búsqueda desesperada.

Quizá fuera por eso que el Niño —todas las tardes— se quedaba de pie en la playa, viendo cómo su sombra se prolongaba hasta el lejano horizonte levantino. Era en esos momentos cuando no prestaba atención a las voces de los cangrejos y las aguavivas. Era en esos momentos cuando no disputaba con las gaviotas los restos de las almejas podridas al sol. Se quedaba plantado en la costa hasta que la marea cubría sus rodillas —con los mocos chorreándole por la cara mugrienta y estúpida— hasta que un lamento inhumano brotaba de sus labios.

Luego se echaba a correr por entre las dunas, aullando una risa bajo la luz de la Luna hasta el amanecer, en que se quedaba dormido. Después, durante su vigilia, era cuando repetía los oráculos que le transmitían aguavivas y cangrejos: el anuncio de una tormenta, el de la muerte de alguien, el de una buena jornada de pesca…

Todos habían aprendido a seguir sus consejos. Era inútil preguntarle nada: no tenía —o no la demostraba— conciencia de lo que lo rodeaba; se limitaba a desgranar lo que escuchaba a sus “amigos”, según lo captaba, en el instante más inopinado. Era por eso que siempre había dos personas de Marina cerca de él para registrar sus profecías.

Así había sido desde que comenzara a hablar, día tras día, año tras año. Y durante todo ese tiempo ningún pescador había muerto en una tormenta a menos que el Niño lo hubiera anunciado (y de nada valía que se abstuviera de embarcarse en esa jornada: aun en la precaria seguridad de su casilla la Huesuda lo alcanzaba y al día siguiente lo encontraban tirado sobre el piso, con los ojos abiertos, hinchado y con los pulmones repletos de agua salada).

Pero para la época de mi última visita los pobladores estaban conmocionados. Hacía un mes —desde que pronunciara la Maldición de Marina— que el Niño no hablaba y todos esperaban una catástrofe. Lo veían sentado sobre la arena, con la mirada fija en el levante, y se persignaban al tiempo que bisbiseaban alguna oración innominable.

La Lucía —como la nombraban en Marina— recorría las playas noche y día. Era una beldad cobriza de andar lánguido y sinuoso. Pero esa lasitud trasuntaba pasión contenida. Era imposible verla sin sentir la sangre que golpeteaba en las sienes, sin imaginar una lujuriosa noche tropical de cuerpos sudorosos y entrelazados. De hecho, incluso los varones mejor casados de Marina solían compartir su lecho a sabiendas de sus cónyuges. Más de una hubiera deseado estar en el mismo lugar y pocos dudaban de que alguna que otra llegó a hacerlo.

Sin embargo, no era una experiencia muy gratificante. Era como estar a punto de tocar el Cielo con las manos y cerrar los dedos sobre las púas de un erizo. Sentir la fiebre sensual que consumía hasta la última fibra del propio cuerpo, hasta la última partícula de conciencia, y ver sus ojos pardos clavados en algo que estaba más allá —ausentes, ajenos—, mientras su cuerpo se limitaba a responder ante los estímulos. Luego el orgasmo, el clímax que se tornaba insípido frente a su falta de interés, y ella que se retiraba en busca de lo que nadie más sabía, a recorrer de arriba abajo una vez más la playa de arena blancoamarillenta.

Nunca nadie preguntó en voz alta cuál sería su meta tan anhelada. Pero era algo que todos hubieran deseado saber. Porque resultaba imposible sentir la proximidad de su cuerpo sin experimentar excitación —aun cuando se supiera que se saldría defraudado— y cualquiera hubiera vendido su alma al Diablo con tal de poseer completamente a Lucía: jóvenes ansiosos por su primera experiencia, adultos fogosos y ancianos que no aceptaban su decadencia.

No dejaba de resultar sorprendente que su único hijo fuera Ramón. Pero también era curioso que uno de los pocos hombres que no la habían buscado —casi podría decirse el único— fue el Forastero. El viejo Vargas lo contaba de vez en vez, cuando comenzaban a aumentar sus apetitos y necesitaba recordar aquellos muslos firmes y esos pechos turgentes, hasta que su imagen se le hacía insoportable y corría a su encuentro:

—El Forastero seguía saltando desde el acantilado. Nunca se hubiera cruzado con la Lucía. Ella siempre recorre la playa de la bahía. Pero en aquella ocasión fue hasta aquel lado y cuando el Forastero trepó una vez más por la pared de la barranca ahí la vio: bronceada, con sus cabellos castaños al viento, con el sol que vertía destellos dorados sobre su piel.

»El Forastero la contempló. Alzó la vista y le recorrió las pantorrillas bien torneadas y las largas piernas. Adivinó esas nalgas perfectas en las curvas de sus caderas. Posó los ojos en los pechos erguidos y engañosamente pequeños. Divisó el suave perfil de sus hombros y el delgado cuello. Los labios carnosos en el rostro ovalado, bajo una nariz menuda. Ella lo miraba sin pronunciar una palabra. Él tampoco lo hizo. Terminó el ascenso y se le acercó. Copularon sobre el pasto una sola vez, despasionadamente. Luego el Forastero continuó saltando hacia los arrecifes y ella volvió a la bahía. Al poco tiempo él desapareció y la Lucía se encerró en su cabaña hasta que volvió a salir con el Niño Ramón, lo dejó con la viuda González y siguió con sus paseos…

Y siguió con sus paseos, asediada por pobladores y esporádicos visitantes. Eran pocos los que no la perseguían directamente al menos una vez, e incluso los que no lo hacían no desperdiciaban la oportunidad cuando se cruzaban con ella. Pero nunca buscó a nadie más, nunca volvió a salir más allá de la playa de la rada. De tanto en tanto, cuando hasta la atmósfera del poblado me resultaba demasiado pesada y no hubiera podido evitar encontrarme con ella, me alejaba y me sentaba junto a las ruinas del viejo faro, desde donde se solía arrojar el Forastero, y me preguntaba si él no sería lo que Lucía estaba buscando y si acaso ella era algo que él no quería encontrar.

Luego volvía a Marina. Una que otra vez deseé saber qué era lo que ella quería y poder brindárselo.

III

La cabaña donde solía hospedarme no tenía más beneficios que el techo y una batea en la que lavaba mis ropas y me bañaba. Mi mobiliario se limitaba a lo que llevaba conmigo: la bolsa de dormir, algunas mudas de ropa. Era una construcción desvencijada; las tablas de las paredes estaban curvadas por la humedad y dejaban pasar el aire libremente.

Pero era cómoda. Me resultaba cómoda. Era el primer paso para curarme del ajetreo de la ciudad, e instalarme en ella no me exigía trámites excesivos. Me limitaba a avisarle a alguno de los lugareños que pensaba pasar algunos días ahí y llevaba mis bultos. Después me iba y en paz. Nada de llave; nada de nada.

Durante los días que podía llegar a pasar en Marina no pedía ningún lujo que no fuera habitual para cualquiera de los otros habitantes. Después de todo, a Marina no se iba a disfrutar de comodidades costosas. Tampoco exigía nada a cambio. Y uno se limitaba a aceptar lo que le daba.

En la galería de la cantina del Turco invariablemente se podían escuchar las historias del viejo Vargas. Todas las veces que fui a Marina me pasaba prácticamente la totalidad del día en ese lugar. Sentado junto a una de las mesitas, con el destartalado muelle hacia un costado y el resto de Marina hacia el otro. El Turco siempre tenía cervezas bien frías, a punto. El ambiente invitaba a tomar daiquiris, pero no me gustan y en Marina no habrían sabido prepararlos. Una vez cada tanto el Turco iba a la ciudad y traía mercaderías, toda la actividad comercial externa del caserío. Era uno de los pocos que abandonaba Marina de cuando en cuando.

Para las comidas prefería ir a lo de la viuda González, la mujer que había cuidado del Niño Ramón. Era una vieja casi desdentada, que siempre estaba escarbándose los dos incisivos que le quedaban con una espina de pescado. A decir verdad, no es que fuera tan vieja sino que tenía aspecto envejecido. Pero cocinaba bien y era bastante tratable, a pesar de su correspondiente parquedad.

Sin embargo, para pasar el día optaba por la cantina del Turco, con la ceremonia de servir la cerveza, de estudiar los reflejos solares al trasluz, mientras indefectiblemente el Turco pasaba un trapo sobre el mostrador siempre manchado por las moscas, un hombrón con un inmenso bigotazo negro y de risa fácil, con una carcajada que parecía el retumbar de un trueno lejano.

Era agradable distenderse en la crujiente silla con el fondo del monólogo casi continuo del viejo Vargas y observar el paisaje indiferente: el mar perpetuo, el viento inasible, la azul inmensidad del cielo. Y la gente de afuera.

Cada verano —aparte de mí— solía aparecer algún otro viajero que hollaba Marina fugazmente. Siempre eran personajes especiales.

El último visitante había sido el Santón. Apareció un día canicular con una túnica apenas entrevista entre colgantes con todo tipo de símbolos religiosos y cabalísticos. No hacía proselitismo directo, persona por persona. Predicaba mientras caminaba de aquí para allá, a voz de cuello, sermoneando acerca del próximo fin del universo. Sus exhortaciones al arrepentimiento y a la contrición se suspendieron cuando se cruzó con Lucía. Creo que la experiencia le hizo mal. Cuando después se topó con los Pozos se impresionó y dejó Marina gritando que eran las huellas de la Bestia.

La última vez que se lo vio se estaba flagelando con una ova arrastrada por la resaca. Fue una lástima; su apostolado no arrojó ningún converso.

Los Pozos —por supuesto— no eran las marcas de pisadas de ninguna Bestia. Provenían del verano anterior, de cuando vino el Arqueólogo. Había llegado cargado con su tienda de campaña y con todo un equipo de instrumentos: picos, palas, teodolito. Se pasaba días enteros cavando en la arena seca de los faldeos de las dunas.

Tenía la paciencia de una hormiga, eso era loable. A cada palada se deslizaba en el hueco el doble de cantidad de arena. Pero finalmente conseguía realizar una cavidad del tamaño de una trampa para elefantes que luego abandonaba sin rellenar.

Una vez me acerqué hasta él, que seguía trabajando. Asomó la cabeza fuera del pozo, todo transpirado, y le alcancé una cerveza. A manera de agradecimiento me dio una explicación que nadie le pedía.

—Estoy buscando un enterramiento vikingo. —Sonrió tímidamente.

—Ah —le contesté, tratando de parecer interesado.

—En algún lugar de estas playas, estoy seguro, hay un barco vikingo enterrado en una ceremonia fúnebre.

—No pierda tiempo entonces —le dije—. Tiene unos cuantos kilómetros de costa.

Asintió. Me devolvió la botella, eructó y siguió cavando.

Los lugareños tenían miedo de que se topara con la tumba del joven Valdez, que ya nadie recordaba dónde estaba. Los asustaba la idea de una profanación. Pero eso no llegó a ocurrir. Al poco tiempo el Arqueólogo se cansó o se dio por vencido y se dedicó a perseguir gaviotas a cascotazos. Sus excavaciones se limitaron a la

búsqueda de almejas.

Un día se fue y los restos de los zanjones más grandes se pudieron ver incluso hasta después de que toda esta historia terminara, apenas cubiertos de nuevo por la arena, como si la Naturaleza hubiera encontrado divertida aquella actitud humana. O acaso sencillamente por la propia estupidez de la misma.

Pero me estoy apartando del asunto, como si quisiera demorar lo que ya sucedió. La cuestión estaba lejos de mí o de lo que vivía en mis visitas a Marina. En la ocasión de mi última estancia, no había ningún otro turista. El Turco estaba fregando mecánicamente el mostrador, como de costumbre, pero había algo singular en su actitud. Lo mismo sucedía con todos los demás. No tardé mucho en enterarme de la Maldición de Marina.

Vos habías pasado cerca del Niño, como tantas otras veces, cuando dijo sus últimas palabras: "De la inconclusión de Marina germinó una pregunta que la destruirá a través del hielo y del fuego para la liberación del heredero de Valdez".

Resultaba increíble que Ramón hubiera soltado semejante pieza de oratoria. Pero en Marina la grotesco era norma y después de tanto tiempo no era capaz de sorprenderme. En todo caso podía tratarse de una licencia literaria del viejo Vargas, pero lo cierto era que desde aquel momento el Niño Ramón había enmudecido y los habitantes de Marina se veían temerosos.

IV

El silencio de Marina se había convertido en tensa expectativa. El aire mismo parecía ser un frágil cristal a punto de romperse. Súbitamente me di cuenta de que también estaba involucrado. Inadvertidamente me había ido convirtiendo en uno más de Marina. Lo que estuviera por suceder también me afectaría. Hice lo que los otros: esperé.

Los siguientes días se volvieron rutinarios. Los pescadores salían con sus barcas a la mañana. Los que seguían al Niño Ramón continuaban con él con la esperanza de que rompiera su mutismo. La permanencia en la cantina del Turco ya no era un fin sino un pretexto. Los instantes en los que iba a comer a la casa de la viuda González eran un alivio para esa guardia desgastante. Hasta las gaviotas parecían estar suspendidas siempre en el mismo punto del aire, inmóviles. Todo el lugar aguardaba. No se sabía qué, pero se

aguardaba.

Me acostumbré a dirigirme hacia las ruinas del faro a la hora del ocaso. Lejos y abajo se alcanzaba a distinguir el poblado como si fuera un mapa miniado: las rústicas casillas, los botes que volvían, la solitaria figura de Lucía inmersa en sus vagabundeos, el minúsculo punto que era Ramón sentado en una duna y las siluetas de sus dos custodios.

Viendo las piedras desmoronadas del faro me preguntaba si en verdad el tuerto Odilio se había encerrado en él. No dejaba de pensar qué habría sido de Marina si su plan original se hubiera llevado a cabo. ¿Habrían existido los personajes que discurrían por ella o hubieran surgido en algún otro lugar oculto y desconocido?

Pero no había otro lugar. Por lo menos en ese entonces. Se estaba en Marina y eso era todo lo que existía. Había momentos en los que el mundo exterior me parecía el recuerdo fragmentario del argumento de algún libro que había leído y olvidado parcialmente. Cuando volvía ahí, lo mismo me pasaba con Marina.

En aquellos últimos días te observé con más atención. Estabas tenso como una cuerda de violín. Cuando veías a Lucía, por ejemplo, eras uno de los pocos en los que afloraba una expresión de lástima en la mirada. Lástima por ella y por los demás. Siempre había sido así. Pero ahora la pena era mayor, casi palpable. ¿Qué sería de ella y de los otros si algo le sucedía a Marina? No tenías respuestas. Yo tampoco, y por eso te entendía.

Te ocupabas de tus cosas como si esos pequeños gestos cotidianos hubiesen sido capaces de sostener un precario orden que se tambaleaba. Mirabas hacia el mar, más allá de la boca de la rada. De cuando en cuando tu mirada se cruzaba con la mía. No hacía falta que nos dijéramos nada. Ambos sabíamos e intuíamos más de lo que hubiéramos deseado. Tu extrañamiento con Marina y mi mimetización con ella —ambos inacabados, los dos a medias— se entrecruzaban en un intrincado diseño que no podíamos llegar a descifrar. Sólo cabía aguardar mientras aquello que San Agustín entendía hasta que lo tenía que explicar seguía fluyendo.

El crepúsculo llegó a Marina con un velero blanco como la espuma sobre las verdes olas, que se deslizó hacia el muelle a través de la boca de la bahía como una tonina. En el espejo de popa —se lo sabía sin necesidad de verlo— la inscripción rezaba “Surt “. Había sido una tarde soleada, cálida.

—¡La puta! —gruñó el Turco. Podría haber sido por la botella de cerveza que se le resbaló de entre las manos. O quizá el accidente y la exclamación fueron simultáneos. Nadie lo habría podido

adivinar por la expresión de su rostro.

En el muelle estabas vos, con tus trampas para langostas. Viste llegar el velero. Te arrojaron el cabo y ayudaste con las maniobras de amarre. Las velas aletearon con un tenue gemido antes de caer. La cerveza del último sorbo estaba caliente. Creo que ya nunca volveré a Marina, pensé.

Ellos bajaron de la embarcación. Eran dos. Un hombre y una mujer. La brisa costanera trajo algunos fragmentos de conversación desde el muelle. "Osvaldo", te presentaste. Liria y Bruno eran sus nombres. Ella era blanca como una flor con una guirnalda de oro por cabellera. De ojos grises. Hermosa hasta el punto de que cualquiera que la veía se daba cuenta de que estaba solo. Él, en cambio, era moreno y su mirada le recordaba a todos que ella estaba acompañada. Pero no es ése el término correcto. ¿Ocupada, tal vez? De cualquier forma se advertía que la consideraba su posesión.

Los tres se acercaron por el muelle de madera. Había un brillo extraño en tus ojos. Llegaron hasta la cantina del Turco. Querían comprar algunas provisiones. Bruno no me causó muy buena impresión. Un tipo frío y sombrío, más apropiado para una ciudad que para un lugar como Marina. Se fijó en mí.

—¿Usted es de afuera?

—Se puede decir —asentí. Me producía el mismo efecto que los militares de escritorio, los intelectuales de sobaco, los fanáticos religiosos hipócritas y los políticos que creen en sí mismos: náuseas.

—¿Cómo puede soportar un páramo como este?

Me encogí de hombros. —Lo único que hay que hacer es no resultar insoportable para el lugar.

No captó la indirecta. Una corvina muerta por asfixia hubiera sido más perspicaz.

En ese momento se dio vuelta y no vio a la mujer. Vos tampoco estabas. "¿Dónde está ella?", preguntó.

—Me parece que se fue para allá —le dije. No sé por qué lo hice. Ustedes habían salido en la otra dirección. Para aquel lado sólo había pasado Lucía.

Bruno volvió mucho después de que ustedes regresaran. Vos no estabas. Habías ido a asegurar tu bote porque nubes de tormenta estaban cubriendo el firmamento. En su mirada había furia y las rayas de un arañazo cruzaban su mejilla izquierda. No era precisamente una marca producto de la pasión, creo. Supongo que por una única vez Lucía se había negado y creo saber por qué.

Liria miraba hacia el mar oscurecido. Estaba radiante.

—¿Dónde estuviste? —le preguntó Bruno.

—Paseando por la playa. —Podría no haberle contestado. No estaba interesado en escuchar.

—¡Vamos al barco! —Y la tomó del brazo.

No me gusta presenciar discusiones. Di media vuelta y me dirigí hacia la punta del faro. Tenía ganas de observar la tormenta desde los acantilados. Pasé por mi cabaña y tomé un abrigo. Estaba refrescando bastante.

Llegué allá arriba junto con la tempestad. El viento me sacudió violentamente pero no me quería mover de ahí. Ante mi vista se extendía la bahía con cabrillas encrespadas bajo las primeras sombras de la noche.

Vi todos los sucesos como si hubiera estado directamente ahí, no en el risco lejano. Vi que se soltaban las amarras del Surt, que era arrastrado por el viento hacia el mar abierto. Lo vi chocar contra la barra cercana a la boca de la rada; lo vi escorar y deshacerse mientras se volcaba. Me estremecí. Vi que el Niño Ramón abandonaba la playa ante el asombro de sus vigilantes y se internaba en el mar. Y vi —juro que lo vi— que las olas lo transportaban sobre un banco de espuma mar adentro, mientras se reía con el timbre más alegre y cantarino que haya oído nunca. Hacia dónde, no lo sé. Pero si me lo preguntan diría que partió en busca de su padre.

Volví a estremecerme, aterido, y te vi corriendo hacia el muelle con la vista clavada en los pálidos pecios. Claramente escuché tu grito, que ahogó el clamor de la tormenta con un por qué angustioso que resonó en la bahía.

—¿POR QUÉ?

Y en ese momento brotaron las llamas en Marina. No sabría decir si fue el grito lo que las desató o si era innecesario que la pregunta fuera formulada para que eso sucediera. En aquellos instantes sólo era un testigo, y vi cómo los habitantes de Marina huían del incendio incontenible y se perdían en la noche para no regresar.

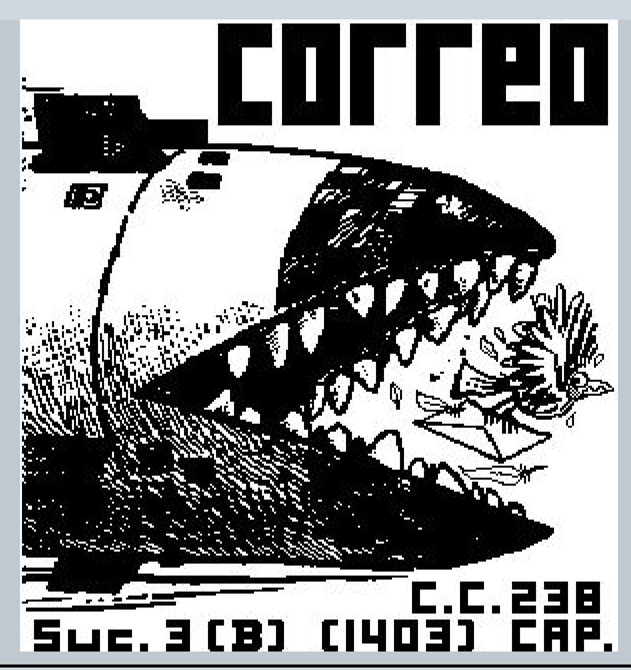
Luego la tormenta fue amainando y subiste hasta el faro. No me viste y no te llamé. Me quedé observándote bajo el rojo resplandor del fuego hasta el instante en que te encaminaste hacia el sur, pensando en cosas que ya no podía adivinar.

Supongo que habrá un motivo por el que no te llamé y por el que no te dije que los restos del velero no eran nada. Supongo que

existirá alguna razón por la que no te avisé que Liria y Bruno se habían encaminado hacia el oeste antes de que empezara la tempestad. Acaso sea que los mortales no deben mezclarse con los dioses, que lo vulgar no debe juntarse con lo noble. O quizá haya sido tan sólo el resultado de algún mezquino sentimiento humano, de esos que hacen que las cosas más importantes se vuelvan banales y groseras las sublimes. Lo único cierto, en definitiva, es que ya no quedan más interrogantes que perturben el silencio de Marina y que el mar, desde entonces, sigue palpitando junto a sus ruinas olvidadas.

Cartas axxónicas

diciembre de 1984



Estimados colegas:

Axxón (en los dos sentidos) mediante quiero felicitarlos por su iniciativa que me parece excelente; en esta ciencia que trata principalmente de la Información y donde tanto cuesta obtenerla son poco comunes actitudes de tal espontaneidad y con una propuesta ideológica tan fuerte. El espacio de producción que puede llegar a generar esta apertura a, en este caso la ciencia-ficcion, es muy grande y rico.

Yo quisiera agregar que es este mecanismo de comunicación lo que por lo menos a mí más me impactó, y creo que a más de un teórico de las ciencias de la comunicación (WIENER, mediante) también. Desearía que esta Revista permitiera que más personas perdieran el miedo a la escritura, y se animasen a soñar un poco.

Nuevamente mis felicitaciones, y espero colaborar en todo lo que me sea posible.

MARQUES DE SADE.
(1789)

Axxón:

Deseamos aclarar que, si bien nos habíamos olvidado de mencionarlo explícitamente, nos encanta recibir cartas de muertos, fantasmas, espíritus, monstruos y extraterrestres de cualquier procedencia.

(A los de fuera de nuestra Galaxia no les podemos garantizar una respuesta rápida, aunque —milenio antes, milenio después— les contestaremos, les contestaremos...)

Buenos Aires, 14 de Noviembre de 1989

Saludos.

Mi nombre es Carlos Ferro, y desconozco el de ustedes. Pero soy un lector aficionado de fantasía y ciencia-ficción, tengo 19 años, trabajo en computación y leyendo el Compu Magazine de este mes vi una noticia que me interesó mucho: que ustedes estaban haciendo una revista de ciencia-ficción en diskette.

Quisiera saber, sobre todo, cómo puedo recibirla.

Además, quisiera entrar en contacto con otros lectores, con el mundo de los fanas [*] en general.

La idea de lanzar la revista en diskettes —no necesitarán que se los diga, pero igual voy a hacerlo— es GENIAL. El diskette es económico, transportable, confiable, y tiene posibilidades que el papel no tiene (por ejemplo, el reciclaje sin pérdida).

Voy a mandar cinco copias de esta nota, para ver cuántas sobreviven a la barrera entrópica del correo.

Les deseo muchísima suerte y, si les sirve de algo, les ofrezco toda mi colaboración y apoyo.

Carlos E. Ferro - Pacheco de Melo 1966 3º “8” - (1126) Capital Federal

---

[*] **Cambiamos el término originario de USA que aparecía en tu carta por “mundo de los fanas”, no porque vayamos a comportarnos como anti yankis ni nada parecido (admiramos a muchos creadores de por allá), sino porque pretendemos crear y proponer un lenguaje de fanas más nuestro. (Decimos**

“nuestro” con un sentido amplio y abierto, es decir, no proponemos inventar el lenguaje de los lectores de Axxón, sino un lenguaje de los fanas nacionales y —por qué no— de habla hispana en general. En este sentido, va una solicitud: que nos envíen propuestas para cambiar los distintos términos que se usan normalmente. Axxón ha decidido, en una forma dictatorial que nos ruboriza intensamente, usar el término “fana” para definir —como es obvio— al fanático de la ciencia-ficción.)

Respuesta de Axxón: ¡Llegaron las cinco cartas!, lo cual demuestra que, por más que quieras medirla, la barrera entrópica del correo es de una magnitud inmanejable (y hasta maligna, podríamos decir). Es decir, y para ser más claros, creemos que el caos que vislumbramos tantas veces en las empresas estatales entra de lleno en esa difusa, incomprensible e inasible realidad que hizo que un físico más que famoso (Heisenberg) se preguntara: “¿Puede ser posible que la naturaleza sea tan absurda como a nosotros nos parece en estos experimentos atómicos?”. Nos preguntamos cuántas realidades se podrían haber creado —y cuántas destruido— si nos hubieses mandado sólo una, como suele hacer la gente normal. Esperamos que nos cuentes qué se siente al conmocionar de tal modo la trama del Universo.

Intendente Alvear, 20/11/89

Srs. Axxón:

En primer lugar felicitaciones por este emprendimiento que nos hace creer un poco en este país desgastado por los antojos de los políticos que no se deciden a dejar de lado sus intereses y continúan sin hacer nada para sacarnos de donde nos han dejado.

Me sería muy grato poder recibir una copia de su publicación y poderla difundir en esta zona, ya que estamos un poco lejos de los centros de noticias pero siempre tratando de no quedarnos en el camino del avance tecnológico que no se detiene y apreciamos esta

nueva demostración de que los argentinos queremos seguir adelante.

Carlos J. Caccia - La Pampa

Respuesta de Axxón: Agradecemos las felicitaciones y los deseos de éxito, pero más que nada agradecemos la posibilidad de agarrarnos de su carta para expresar un par de ideas: creemos en el posible progreso de Argentina, creemos en la capacidad de todos nosotros para hacer y hacer bien. Los gobernantes podrán seguir los planes más o menos descabellados de sus asesores, y podrán seguir o no errando. Pero la fuerza de un país no está en sus circunstanciales presidentes, diputados o senadores; la fuerza está en los que quieren hacer, en los que quieren de verdad hacer. Siempre ha sido así, en todas las civilizaciones, y sólo ha bastado que las circunstancias llevaran la realidad a un punto en que sólo se puede salir adelante haciendo para que el poder de los capaces se impusiera sobre el de los inútiles. No nos arriesgamos a afirmar que Argentina esté en ese punto, aunque si seguimos así, como hasta ahora, llegaremos pronto, muy pronto.

Nota del equipo Axxón:

Agradecemos las cartas de Miguel Cando, Alberto Aquino, Pablo Canónico, Fabián Di Marco, Walter A. D'Alessandro, Edelmar Arrmesto, Sebastián Rud, Alberto D. Salomone, José L. Godoy, Xita S.A., Sebastián Gagliardi, Juan A. Mackonis, Héctor A. Basualdo, Pablo Gavilani, H. O. Biondo, Jorge Fernández, J. C. Quarchioni, Fernando G. Caballer, Carlos Vidaurre Dancourt, Horacio E. Knobel, Carlos M. Lusardi, Daniel C. Pigini, Sebastián Talamoni y las notas publicadas por las revistas Fierro y Compu Magazine.

En los próximos números...

Axxón

- **Rock y Ciencia Ficción**: Una nota, un cuento y algunas letras de canciones.
- **El conjunto de Mandelbrot:** Exploración matemática de un mundo increíble.
- **Regreso a la Biblioteca Universal:** Un imposible que, gracias a la computadora, podría ser...
- **Números:** Los números que dan una medida al universo.
- **Ficciones:** Cuentos de Emilio Rodrigué, H. Kuttner y C. L. Moore, Alejandro Hadges, J. G. Ballard, Daniel C. Dennett, César López Orbea, Raymond M. Smullyan y muchos otros más...



Noticia de último momento

En diciembre recibiremos la visita de dos grandes de la CF: **Frederick Pohl**, autor de primera línea en la CF mundial, y **Charles Brown**, editor de LOCUS, el fanzine más exitoso de los EEUU. La intención principal de su viaje es tomar contacto con los aficionados argentinos, y al efecto el CACyF (Círculo Argentino de Ciencia-ficción y Fantasía) ha programado un debate con los visitantes, que se realizará el 23 de diciembre en el Centro Cultural San Martín. (La fecha y el lugar son **a confirmar**, y por eso recomendamos ponerse



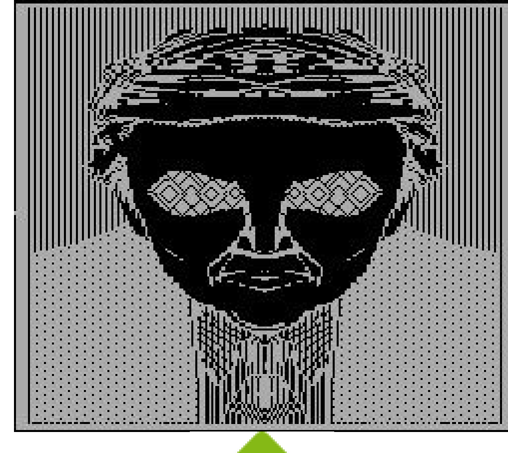
en contacto con el CACyF o con nosotros a mediados de diciembre.)

Equipo

Axxón

- **Dirección:** Eduardo J. Carletti
- **Programación:** Fernando Bonsembiante
- **Colaboran:**
    - Carlos Chiarelli
    - Fernando Juliá







Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**